
3 1761 04413 7594


DE DON JOSEF
de Armesto y Segovia.


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

CORREGIDO DENUEVO, CON NUEVAS NOTAS, CON NUEVAS VIÑETAS, CON NUEVO ANALISIS, Y CON LA VIDA DE EL AUTOR NUEVAMENTE AUMENTADA

POR DON JUAN ANTONIO PELLICER
BIBLIOTECARIO DE S. M. Y ACADEMICO DE NUMERO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

PARTE PRIMERA.

TOMO II.

EN MADRID
POR DON GABRIEL DE SANCHA
AÑO DE MDCCLXXXXVIII.

TABLA

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE

ESTE TOMO SEGUNDO.



aret inv. Moreno sc.

CAPITULO XV.

DONDE SE CUENTA LA DESGRACIADA AVENTURA QUE SE TOPO DON QUIXOTE EN TOPAR CON UNOS DESALMADOS YANGUESES.

Cuenta el sabio Cide Hamete Ben Engeli que asi como Don Quixote se despidio de sus huespedes, y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisostomo , él y su escudero se entraron por el

mesmo bosque donde vieron que se habia entrado la pastora Marcela, y habiendo andado mas de dos horas por el, buscandola por todas partes sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del qual corria un arroyo apacible y fresco tanto, que convidó y forzo á pasar alli las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apearonse Don Quixote y Sancho, y dexando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que alli habia, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna en buena paz y compañia amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocia por tan manso y tan poco rixoso, que todas las yeguas de la dehesa de Cordoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte, y el diablo que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros Yangueses, de los quales es costumbre ses-

tear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel, donde acerto á hallarse Don Quixote, era muy aproposito de los Yangueses. Sucedio pues que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo asi como las olió de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotillo algo picadillo, y se fue á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que á lo que parecio debian de tener mas gana de pacer que de ál, recibieronle con las herraduras y con los dientes de tal manera, que á poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debio mas de sentir fue, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el suelo. Ya en esto Don Quixote y Sancho, que la paliza de Rocinante habian visto, llegaban ijadeando, y dixo Don Quixote á Sancho: á lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros sino gente soez y de baxa ralea: digolo,

porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante. ¿Que diablos de venganza hemos de tomar, respondio Sancho, si estos son mas de veinte, y nosotros no mas de dos, y aun quiza nosotros sino uno y medio? Yo valgo por ciento, replicó Don Quixote; y sin hacer mas discursos echó mano á su espada y arremetio á los Yangueses, y lo mesmo hizo Sancho Panza, incitado y movido del exemplo de su amo: y á las primeras dio Don Quixote una cuchillada á uno que le abrio un sayo de cuero de que venia vestido, con gran parte de la espalda. Los Yangueses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos enmedio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia: verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino á Don Quixote, sinque le valiese su destreza y buen animo, y quiso su ventura que viniese á

caer á los pies de Rocinante, que aun no se habia levantado: donde se echa de ver la furia con que machacan estacas, puestas en manos rusticas y enojadas.

Viendo pues los Yangueses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dexando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintio fue Sancho Panza, y hallandose junto á su señor con voz enferma y lastimada dixo: señor Don Quixote? ah señor Don Quixote? Qué quieres? Sancho hermano, respondio Don Quixote con el mesmo tono afeminado y doliente que Sancho. Querria, si fuese posible, respondio Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del Feoblas, si es que la tiene vuestra merced ahi á mano, quiza sera de provecho para los quebrantamientos de huesos, como lo es para las feridas. Pues á tenerla yo aqui, desgraciado yo! que nos faltaba? respondio Don Quixote: mas yo te juro, Sancho Panza, afe de caballero an-

dante que antes que pasen dos dias, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos. Pues en quántos le parece á vuestra merced que podremos mover los pies? replicó Sancho Panza. De mí sé decir, dixo el molido caballero Don Quixote, que no sabre poner termino á esos dias; mas yo me tengo la culpa de todo, que no habia de poner mano á la espada contra hombres, que no fuesen armados caballeros como yo, y asi creo que en pena de haber pasado las leyes de la Caballeria ha permitido el dios de las batallas que se me diese este castigo: por lo qual, hermano Sancho, conviene que estes advertido en esto que ahora te dire, porque importa mucho á la salud de entrambos, y es que quando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo hare en ninguna manera, sino pon tú mano á tu espada, y castigalos muy á tu sabor, que, si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo

te sabre defender y ofendellos con todo mi poder, que ya habras visto por mil señales y esperiencias hasta adonde se estiende el valor de este mi fuerte brazo: tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente Vizcaino. Mas no le parecio tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dexase de responder diciendo: señor, yo soy hombre pacifico, manso, sosegado, y sé disimular qualquiera injuria, porque tengo muger y hijos que sustentar y criar: asique seale á vuestra merced tambien aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondre mano á la espada ni contra villano, ni contra caballero, y que desde aqui para delante de Dios perdono quantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho, ó haga, ó haya de hacer, persona alta ó baxa, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin aceptar estado ni condicion alguna. Lo qual oido por su amo, le respondio: quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara

tanto quanto, para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven aca, pecador, si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenandonos las velas del deseo paraque seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las insulas que te tengo prometida, qué seria de ti, si ganandola yo, te hiciese señor della? pues lo vendras á imposibilitar por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intencion de vengar tus injurias, y defender tu señorio: porque has de saber que en los reynos y provincias nuevamente conquistados nunca estan tan quietos los animos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar denuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura; y asi es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en qualquier acontecimiento. En este que ahora nos ha acontecido, respondio Sancho, quisiera yo tener

ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; mas yo le juro afe de pobre hombre que mas estoy para vizmas que para platicas: mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudarémos á Rocinante, aunque no lo merece, porque el fue la causa principal de todo este molimiento: jamas tal crei de Rocinante, que le tenia por persona casta, y tan pacifica como yo: enfin bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quien dixera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas, como vuestra merced dio á aquel desdichado caballero andante, habia de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos, que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas, Sancho, replicó Don Quixote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias, criadas entre sinabafas y olandas, claro está que sentiran mas el dolor desta desgracia; y si no fuese porque imagino, qué digo imagino? sé muy cierto que todas es-

tas incomodidades son muy anexas al exercicio de las armas, aqui me dexaria morir de puro enojo. A esto replicó el escudero: señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la Caballeria, digame vuestra merced si suceden muy amenudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece á mí que á dos cosechas quedarémos inutiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sabete, amigo Sancho, respondio Don Quixote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni mas ni menos está en potencia propinqüa de ser los caballeros andantes Reyes y Emperadores, como lo ha mostrado la esperiencia en muchos y diversos caballeros, de cuyas historias yo tengo entera noticia; y pudierate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que solo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mesmos se vieron antes y despues en diversas calamidades y miserias: porque el valeroso Amadís de

Gaula se vio en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dio teniendole preso mas de docientos azotes con las riendas de su caballo, atado á una coluna de un patio (1); y aun hay un autor secreto, y de no poco credito, que dice que habiendo cogido al Caballero del Febo con una cierta trampa, que se le hundio debaxo de los pies en un cierto castillo, y al caer se halló en una honda sima debaxo de tierra atado de pies y manos, y alli le echaron una destas que llaman melecinas de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy alcabo; y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio, grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero: asique bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos pasaron, que no las que ahora nosotros pasamos. Porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas, que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del Duelo escrito por

palabras espresas : que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dira que queda apaleado aquel á quien dio con ella: digo esto porque no pienses que, puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados ; porque las armas, que aquellos hombres traian con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos á lo que se me acuerda tenia estoque, espada ni puñal. No me dieron á mí lugar, respondio Sancho, á que mirase en tanto, porque apenas puse mano á mi tizona, quando me santiguaron los hombros con sus pinos de manera, que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar si fue afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria, como en las espaldas. Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó Don Quixote, que no hay memoria á quien

el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. Pues qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, que aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que la acabe? si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de vizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen termino siquiera. Dexate deso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondio Don Quixote, que asi hare yo, y veamos como está Rocinante, que á lo que me parece no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No hay de que marabillarse deso, respondio Sancho, siendo el tambien caballero andante: de lo que yo me marabillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre dexa la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas, dixo Don Quixote: digolo, porque esa bestezuela podra suplir ahora la falta de Rocinante, llevandome á mí desde aqui á

algun castillo, donde sea curado de mis feridas; y mas que no tendre á deshonra la tal caballeria, porque me acuerdo haber leido que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa (2), quando entró en la ciudad de las cien puertas (3), iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad sera que él debia de ir caballero como vuestra merced dice, respondio Sancho; pero hay grande diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura. A lo qual respondio Don Quixote: las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan; asique, Panza amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho, levantame lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aqui antes que la noche venga, y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oido decir á vuestra merced, dixo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los paramos y desiertos lo mas del año, y que lo tienen á mucha ventura. Eso es,

dixo Don Quixote, quando no pueden mas, ó quando estan enamorados: y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol, y á la sombra, y á las inclemencias del cielo dos años, sinque lo supiese su señora, y uno destos fue Amádís, quando llamandose Beltenebros se alojó en la Peña Pobre, ni sé si ocho años, ó ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estubo alli haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana: pero dexemos ya esto, Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento, como á Rocinante. Aun ahi seria el diablo, dixo Sancho; y despidiendo treinta ayes, y sesenta sospiros, y ciento y veinte pesetes y reniegos de quien alli le habia traido, se levantó, quedandose agoviado en la mitad del camino como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse: y con todo este trabajo aparejó su asno, que tambien habia andado algo distraido con la demasiada libertad de aquel dia. Levantó luego á Rocinante, el qual,

si tubiera lengua con que quejarse, abuenseguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion Sancho acomodó á Don Quixote sobre el asno, y puso de reata á Rocinante, y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco mas á menos acia donde le parecio que podia estar el camino real: y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua quando le deparó el camino, en el qual descubrio una venta, que apesar suyo y gusto de Don Quixote habia de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo, y tanto duró la porfia, que tubieron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la qual Sancho se entró sin mas averiguacion con toda su recua.

CAPITULO XVI.

DE LO QUE LE SUCEDIO AL INGENIOSO HIDALGO EN LA VENTA, QUE EL IMAGINABA SER CASTILLO.

El ventero, que vio á Don Quixote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traia. Sancho le respondio que no era nada, sino que habia dado una caida de una peña abaxo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por muger á una, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolia de las calamidades de sus proximos: y asi acudio luego á curar á Don Quixote, y hizo que una hija suya, doncella, muchacha, y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huesped. Servia en la venta asimesmo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote (4), de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es que la gallardia del cuerpo su-

plia las demas faltas : no tenia siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza pues ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á Don Quixote en un camaranchon, que en otros tiempos daba manifiestos indicios que habia servido de pajar muchos años, en el qual tambien alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco mas alla de la de nuestro Don Quixote ; y aunque era de las enxalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ventaja á la de Don Quixote, que solo contenia quatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, que, á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sabanas hechas de cuero de adarga, y una frazada, cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acosto Don Quixote ; y

luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abaxo, alumbrandoles Maritornes (5), que asi se llamaba la asturiana: y como al vizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á Don Quixote, dixo que aquello mas parecian golpes que caida. No fueron golpes, dixo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal, y tambien le dixo: haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen á mí un poco los lomos. ¿Desa manera, respondio la ventera, tambien debistes vos de caer? No cai, dixo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podria ser eso, dixo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caia de una torre abaxo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y quando despertaba del sueño, hallarme tan molida y que-

brantada, como si verdaderamente hubiera caido. Ahi está el toque, señora, respondio Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor Don Quixote. Como se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritornes. Don Quixote de la Mancha, respondio Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos aca se han visto en el mundo. Qué es caballero aventurero? replicó la moza. Tan nueva sois en el mundo, que no lo sabeis vos? respondio Sancho Panza; pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos paletas (6) se ve apaleado, y Emperador: hoy está la mas desdichada criatura del mundo y la mas menesterosa, y mañana tendra dos ó tres coronas de reynos que dar á su escudero. Pues cómo vos, siendolo deste tan buen señor, dixo la ventera, no teneis á lo que parece siquiera algun condado? Aun es temprano, respondio Sancho, porque no

ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa, y se halla otra: verdad es que, si mi señor Don Quixote sana de esta herida ó caida, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis esperanzas con el mejor titulo de España.

Todas estas platicas estaba escuchando muy atento Don Quixote, y sentandose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera le dixo: creedme, fermosa señora, que os podeis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal, que si yo no la alabo es por lo que suele decirse que la alabanza propia envilece, pero mi escudero os dira quien soy: solo os digo que tendre eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradeceroslo mientras la vida me durare: y pluguiera á los altos cielos que el amor no me tubiera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata (que digo entre mis dientes) que

los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la ventera, y su hija, y la buena de Maritornes, oyendo las razones del andante caballero, que asi las entendian, como si hablara en griego; aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimiento y requiebros: y como no usadas á semejante lenguage mirabanle, y admirabanse, y pareciales otro hombre de los que se usaban, y agradeciendole con venteriles razones sus ofrecimientos le dexaron; y la asturiana Maritornes curó á Sancho, que no menos lo habia menester que su amo.

Habia el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarian juntos, y ella le habia dado su palabra de que en estando sosegados los huespedes, y durmiendo sus amos, le iria á buscar, y satisfacerle el gusto en quanto le mandase: y cuentase desta buena moza que jamas dio semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel exer-

cicio de servir en la venta; porque decia ella que desgracias y malos sucesos la habian traido á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de Don Quixote estaba primero en mitad de aquel estrellado (7) establo, y luego junto á el hizo el suyo Sancho, que solo contenia una estera de enea, y una manta que antes mostraba ser de angeo tundido que de lana: sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enxalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traia, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arevalo, segun lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo (8): fuera de que Cide Hamete Ben Engeli fue historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas, y echase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan minimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio. De donde podran tomar exemplo

los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan á los labios, dexandose en el tintero, ya por descuido, por malicia, ó ignorancia, lo mas sustancial de la obra: bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del otro libro, donde se cuentan los hechos del *Conde Tomillas*, y con qué puntualidad lo describen todo! Digo pues que despues de haber visitado el arriero á su recua, y dadole el segundo pienso, se tendio en sus enxalmas, y se dio á esperar á su puntualisima Maritornes. Ya estaba Sancho vizmado y acostado, y aunque procuraba dormir no lo consentia el dolor de sus costillas, y Don Quixote con el dolor de las suyas tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lampara, que colgada en medio del portal ardia. Esta marabillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traia de los sucesos, que á cada paso se cuentan en los libros, autores de su des-

gracia, le truxo á la imaginacion una de las estrañas locuras que buenamente imaginarse pueden: y fue que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que como se ha dicho castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba) y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la qual vencida de su gentileza se habia enamorado del, y prometido que aquella noche á furto de sus padres vendria á yacer con él una buena pieza; y teniendo toda esta quimera, que él se habia fabricado, por firme y valedera, se comenzo á acuitar, y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver, y propuso en su corazon de no cometer alevosia á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reyna Ginebra con su dueña Quintañona (9) se le pusiesen delante. Pensando pues en estos disparates se llegó el tiempo y la hora (que para él fue menguada) de la venida de la asturiana, la qual en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega (10) de fustan, con tacitos y atentados pasos

entró en el aposento, donde los tres alojaban, en busca del arriero; pero apenas llegó á la puerta quando Don Quixote la sintio, y sentandose en la cama, apesar de sus vizmas, y con dolor de sus costillas, tendio los brazos para recebir á su fermosa doncella la asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando á su querido. Topó con los brazos de Don Quixote, el qual la asio fuertemente de una muñeca, y tirandola acia sí, sinque ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama. Tentole luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le parecio ser de finisimo y delgado cendal: traia en las muñecas unas cuentas de vidro; pero á el le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales: los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidisimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecia: y el aliento, que sin duda alguna olia á ensalada fiambre y trasnochada, á el le parecio que arrojaba de su boca un olor suave y aromatico: y final-

mente él la pintó en su imaginacion de la misma traza y modo que lo que habia leido en sus libros de la otra Princesa, que vino á ver al mal ferido caballero vencida de sus amores, con todos los adornos que aqui van puestos: y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traia en sí la buena doncella, no le desengañaban, las quales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero; antes le parecia que tenia entre sus brazos á la diosa de la hermosura, y teniendola bien asida con voz amorosa y baxa le comenzo á decir: quisiera hallarme en terminos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced, como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible; y mas que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que

tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, unica señora de mis mas escondidos pensamientos; que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dexara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estaba congojadisima y trasudando de verse tan asida de Don Quixote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decia, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenian despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coyma (11) por la puerta la sintio, estubo atentamente escuchando todo lo que Don Quixote decia, y zeloso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fue llegando mas al lecho de Don Quixote, y estubose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podia entender; pero como vio que la moza forcejaba por desasirse, y Don Quixote trabajaba por tenerla, pareciendole mal la burla enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas

quixadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre; y no contento con esto, se le subio encima de las costillas, y con los pies mas que de trote se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dio consigo en el suelo, á cuyo gran ruido desperto el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritornes, porque habiendola llamado á voces no respondia. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil se fue acia donde habia sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venia y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada se acogio á la cama de Sancho Panza, que aun dormia, y alli se acorrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: adónde estás, puta? abuenseguro que son tus cosas estas. En esto desperto Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, penso que tenia la pesadilla, y comenzo á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó

con no sé quantas á Maritornes, la qual sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dio el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño: el qual viendose tratar de aquella manera y sin saber de quien, alzandose como pudo se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo pues el arriero á la lumbre del candil del ventero qual andaba su dama, dexando á Don Quixote, acudio á dalle el socorro necesario. Lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fue á castigar á la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonia; y asi como suele decirse: el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo: y fue lo bueno que al ventero se le apagó el candil; y como quedaron á escuras, dabanse tan sin compasion todos á bulto, que á

doquiera que ponian la mano no dexaban cosa sana.

Alojaba acaso aquella noche en la venta un quadrillero (12) de los que se llaman de la Santa Hermandad Vieja de Toledo (13), el qual oyendo asimismo el estruendo de la pelea, asio de su media vara y de la caxa de lata de sus titulos, y entró á escuras en el aposento, diciendo: tenganse á la Justicia, tenganse á la Santa Hermandad; y el primero con quien topó fue con el apuñeado de Don Quixote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba sin sentido alguno, y echandole á tiento mano á las barbas, no cesaba de decir: favor á la Justicia; pero viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dio á entender que estaba muerto, y que los que alli dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzo la voz diciendo: cierrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aqui á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada qual dexó la pendencia en el grado que le tomó la voz.

Retirose el ventero á su aposento , el arriero á sus enxalmas , la moza á su rancho : solos los desventurados Don Quixote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Solto en esto el quadrillero la barba de Don Quixote , y salio á buscar luz para buscar y prender los delinquentes; mas no la halló , porque el ventero de industria habia muerto la lampara quando se retiró á su estancia, y fuele forzoso acudir á la chimenea , donde con mucho trabajo y tiempo encendio el quadrillero otro candil (14).

CAPITULO XVII.

DONDE SE PROSIGUEN LOS INUMERABLES TRABAJOS, QUE EL BRAVO DON QUIXOTE Y SU BUEN ESCUDERO SANCHO PANZA PASARON EN LA VENTA, QUE POR SU MAL PENSO QUE ERA CASTILLO.

Habia ya vuelto en este tiempo de su parasismo Don Quixote, y con el mismo tono de voz, con que el dia antes habia llamado á su escudero quando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzo á llamar diciendo: Sancho amigo, duermes? duermes, amigo Sancho? Qué tengo de dormir pesia á mí? respondio Sancho, lleno de pesadumbre y de despecho, que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puedeslo creer asi sin duda, respondio Don Quixote, porque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado, porque has de saber.... Mas esto que ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendras secreto hasta despues de

mi muerte. Si juro, respondio Sancho. Digolo, replicó Don Quixote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. Digo que sí juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta despues de los dias de vuestra merced; y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana. ¿Tan malas obras te hago, Sancho, respondio Don Quixote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? No es por eso, respondio Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriesen de guardadas. Sea por lo que fuere, dixo Don Quixote, que mas fio de tu amor y de tu cortesia. Y asi has de saber que esta noche me ha sucedido una de las mas estrañas aventuras que yo sabre encarecer: y por contartela en breve, sabras que poco ha que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la mas apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. Que te podria decir del adorno de su persona! que de su gallardo entendimiento! qué de otras cosas ocultas, que por guardar la fe que de-

bo á mi señora Dulcinea del Toboso dexaré pasar intactas y en silencio! solo te quiero decir que envidioso el cielo de tanto bien, como la ventura me habia puesto en las manos, ó quiza (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcisimos y amorosisimos coloquios, sinque yo la viese ni supiese por donde venia, vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante, y asentome una puñada en las quixadas tal, que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molio de tal suerte, que estoy peor que ayer, quando los arrieros que por demasias de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algun encantado moro, y no debe de ser para mí. Ni para mí tampoco, respondio Sancho, porque mas de quatrocientos moros me han aporreado de manera, que el molimiento de las estacas fue tortas y pan pintado. Pero digame, señor, cómo llama á esta

buena y rara aventura, habiendo quedado della qual quedamos? aun vuestra merced menos mal, pues tubo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero yo qué tube, sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida? ¡desdichado de mí, y de la madre que me pario, que no soy caballero andante, ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte! Luego tambien estás tú aporreado? respondio Don Quixote. No le he dicho que sí, pese á mi linage? dixo Sancho. No tengas pena, amigo, dixo Don Quixote, que yo hare ahora el balsamo precioso, con que sanarémos en un abrir y cerrar de ojos.

Acabó en esto de encender el candil el quadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto; y asi como le vio entrar Sancho, viendole venir en camisa, y con su paño de cabeza, y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: señor ¿si sera este adicha el moro encantado que nos vuelve á castigar, si se dexó algo en el tintero? No puede ser el

moro, respondio Don Quixote, porque los encantados no se dexan ver de nadie. Si no se dexan ver, dexanse sentir, dixo Sancho: sino, diganlo mis espaldas. Tambien lo podrian decir las mias, respondio Don Quixote; pero no es bastante indicio ese para creer que este que se ve sea el encantado moro. Llegó el quadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversacion, quedó suspenso: bien es verdad que aun Don Quixote se estaba boca arriba, sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegose á él el quadrillero, y dixole: pues cómo va, buen hombre? Hablára yo mas bien criado, respondio Don Quixote, si fuera que vos: usase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero? El quadrillero, que se vio tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceyte dio á Don Quixote con él en la cabeza de suerte, que le dexó muy bien descalabrado; y como todo quedó á escuras saliose luego, y Sancho Panza dixo: sin duda, se-

ñor, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Asi es, respondio Don Quixote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamentos, ni hay para que tomar colera ni enojo con ellas, que como son invisibles y fantasticas, no hallaremos de quien vengarnos aunque mas lo procuremos: levantate, Sancho, si puedes, y llama al alcayde desta fortaleza, y procura que se me de un poco de aceyte, vino, sal y romero para hacer el salutifero balsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantose Sancho con harto dolor de sus huesos, y fue á escuras donde estaba el ventero, y encontrandose con el quadrillero, que estaba escuchando en que paraba su enemigo, le dixo: señor, quienquiera que seais, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceyte, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros

andantes que hay en la tierra, el qual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado moro que está en la venta. Quando el quadrillero tal oyo, tubole por hombre falto de seso: y porque ya comenzaba á amanecer abrio la puerta de la venta, y llamando al ventero le dixo lo que aquel buen hombre queria. El ventero le proveyo de quanto quiso, y Sancho se lo llevó á Don Quixote, que estaba con las manos en la cabeza quejandose del dolor del candilazo, que no le habia hecho mas mal que levantarle dos chichones algo crecidos; y lo que él pensaba que era sangre, no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta. En resolucion él tomó sus simples, de los quales hizo un compuesto, mezclandolos todos y cociendolos un buen espacio, hasta que le parecio que estaban en su punto: pidio luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvio de ponello en una alcuza ó aceytera de hojadelata, de quien el ventero le hizo grata donacion: y luego dixo sobre la al

cuza mas de ochenta paternostres, y otras tantas avemarias, salves y credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendicion: á todo lo qual se hallaron presentes Sancho, el ventero y quadrillero; que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la esperiencia de la virtud de aquel precioso balsamo que él se imaginaba, y asi se bebio de lo que no pudo caber en la alcuza, y quedaba en la olla donde se habia cocido, casi media azumbre; y apenas lo acabó de beber quando comenzo á vomitar de manera, que no le quedó cosa en el estomago, y con las ansias y agitacion del vomito le dio un sudor copiosisimo, por lo qual mandó que le arropasen y le dexasen solo. Hicieronlo asi, y quedose dormido mas de tres horas; al cabo de las quales desperto, y se sintio aliviadisimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tubo por sano, y verdaderamente creyo que habia acertado con el balsamo de Fierabras,

y que con aquel remedio podia acometer desde alli adelante sin temor alguno qualesquiera riñas, batallas y pendencias por peligrosas que fuesen. Sancho Panza, que tambien tubo á milagro la mejoria de su amo, le rogo que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad: concedioselo Don Quixote, y él tomandola á dos manos, con buena fe y mejor talante se la echó á pechos, y envasó bien poco menos que su amo. Es pues el caso, que el estomago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado, como el de su amo; y asi primero que vomitase, le dieron tantas ansias y bascas con tantos trasudores y desmayos, que él penso bien y verdaderamente que era llegada su ultima hora: y viendose tan afligido y congojado, maldecia el balsamo y al ladron que se lo habia dado. Viendole asi Don Quixote, le dixo: yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son. Si eso sabia vuestra merced, replicó Sancho, mal

haya yo y toda mi parentela, para qué consintio que lo gustase? En esto hizo su operacion el brebage, y comenzo el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se habia vuelto á echar, ni la manta de angeo con que se cubria, fueron mas de provecho. Sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente el, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Durole esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las quales no quedó como su amo; sino tan molido y quebrantado, que no se podia tener. Pero Don Quixote, que como se ha dicho se sintio aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciendole que todo el tiempo que alli se tardaba era quitarsele al mundo, y á los en él menesterosos de su favor y amparo; y mas con la seguridad y confianza que llevaba en su balsamo; y asi forzado deste deseo él mismo ensilló á Rocinante, y enalbardó al jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el as-

no : pusose luego á caballo, y llegandose á un rincon de la venta, asio de un lanzon que alli estaba paraque le sirviese de lanza. Estabanle mirando todos quantos habia en la venta, que pasaban de mas de veinte personas; mirabale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos della, y de quando en quando arrojaba un suspiro, que parecia que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debia de ser del dolor que sentia en las costillas, alomenos pensabanlo aquellos que la noche antes le habian visto vizmar.

Ya que estubieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dixo : muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcayde, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadisimo á agradeceroslas todos los dias de mi vida : si os las puedo pagar en haceros vengado de algun soberbio que os haya fecho algun agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco

pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosias: recorred vuestra memoria, y si hallais alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla, que yo os prometo, por la orden de caballero que recebi, de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad. El ventero le respondio con el mismo sosiego: señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece quando se me hacen: solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, asi de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas. Luego venta es esta? replicó Don Quixote. Y muy honrada, respondio el ventero. Engañado he vivido hasta aqui, respondio Don Quixote, que en verdad que pense que era castillo, y no malo; pero, pues es asi que no es castillo sino venta, lo que se podra hacer por ahora es que perdoneis por la paga, que yo no puedo contravenir á la orden de los caballeros

andantes, de los quales sé cierto (sinque hasta ahora haya leido cosa en contrario) que jamas pagaron posada ni otra cosa en venta donde estubiesen (15), porque se les debe de fuero y de derecho qualquier buen acogimiento, que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de dia, en hibierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del cielo, y á todos los incomodos de la tierra. Poco tengo yo que ver en eso, respondio el ventero: pagueseme lo que se me debe, y dexemonos de cuentos ni de Caballerias, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda. Vos sois un sandio y mal hostalero, respondio Don Quixote; y poniendo piernas á Rocinante, y terciando su lanzon, se salio de la venta sinque nadie le detubiese: y él, sin mirar si le seguia su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero, que le vio ir, y que no le pagaba, acudio á cobrar de Sancho Panza, el qual dixo que pues su se-

ñor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria; porque siendo el escudero de caballero andante, como era, la misma regla y razon corria por el como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinose mucho desto el ventero, y amenazole que si no le pagaba, que lo cobraria de modo que le pesase. A lo qual Sancho respondio que por la ley de Caballeria que su amo habia recebido no pagaria un solo cornado, aunque le costase la vida, porque no habia de perder por el la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quejar del los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochandole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen quatro perayles de Segovia, tres agujeros del potro de Cordoba, y dos vecinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los quales casi como instigados y movidos de un mismo espiritu

se llegaron á Sancho, y apeandole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huesped, y echandole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo mas baxo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por limite el cielo, y alli, puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él, como con perro por carnestolendas (16). Las voces que el misero manteado daba fueron tantas, que llegaron á los oidos de su amo, el qual deteniendose á escuchar atentamente creyo que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conocio que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallandola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral (que no eran muy altas) quando vio el mal juego que se le hacia á su escudero: violé baxar y subir por el ayre con tanta gracia y presteza, que, si la colera le dexara, tengo

para mí que se riera. Probo á subir desde el caballo á las bardas ; pero estaba tan molido y quebrantado , que aun apearse no pudo , y asi desde encima del caballo comenzo á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escrebillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dexaba sus quejas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos ; mas todo aprovechaba poco , ni aprovechó , hasta que de puro cansados le dexaron (17). Truxeronle alli su asno , y subiendole encima le arroparon con su gaban; y la compasiva de Maritornes, viendole tan fatigado , le parecio ser bien socorrelle con un jarro de agua , y asi se le truxo del pozo por ser mas fria. Tomole Sancho , y llevandole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba diciendo: hijo Sancho , no bebas agua ; hijo, no la bebas, que te matará: ves aqui tengo el santisimo balsamo (y enseñabale la alcuza del brebage) que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda. A estas voces vol-

vio Sancho los ojos como detraves, y dixó con otras mayores: ¿por dicha hasele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? guardese su licor con todos los diablos, y dexeme á mí: y el acabar de decir esto, y el comenzar á beber todo fue uno; mas como al primer trago vio que era agua, no quiso pasar adelante, y rogo á Maritornes que se le truxese de vino, y asi lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero, porque enefecto se dice della que aunque estaba en aquel trato tenia unas sombras y lejos de cristiana. Asi como bebio Sancho, dio de los carcaños á su asno, y abriendole la puerta de la venta de par en par, se salio della muy contento de no haber pagado nada, y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas: verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debia; mas Sancho no las echó menos segun salio tur-

bado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta asi como le vio fuera ; mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que , aunque Don Quixote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no lo estimaran en dos ardites.



CAPITULO XVIII.

DONDE SE CUENTAN LAS RAZONES QUE PASO SANCHO PANZA CON SU SEÑOR DON QUIXOTE, CON OTRAS AVENTURAS DIGNAS DE SER CONTADAS.

Llegó Sancho á su amo marchito y desmayado tanto, que no podia arrear á su jumento. Quando asi le vio Don Quixote, le dixo: ahora acabo de creer, Sancho el bueno, que aquel castillo ó venta es encan-

tado sin duda, porque aquellos, que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo, qué pódian ser sino fantasmas y gente del otro mundo? y confirmo esto, por haber visto que quando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia no me fue posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado: que te juro por la fe de quien soy que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado de manera, que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de Caballeria, que como ya muchas veces te he dicho no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo (18), si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude: aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced di-

ce, sino hombres de carne y de hueso como nosotros; y todos, segun los oi nombrar quando me volteaban, tenian sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oi que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: asique, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo en ál estubo que en encantamentos. Y lo que yo saco en limpio de todo es que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos qual es nuestro pie derecho; y lo que seria mejor y mas acertado segun mi poco entendimiento fuera el volvernos á nuestro Lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dexandonos de andar de zeca en meca (19) y de zoca en colodra, como dicen. Qué poco sabes, Sancho, respondio Don Quixote, de achaque de Caballeria! calla y ten paciencia, que dia vendra donde veas por vista de ojos quan honrosa cosa es andar en este exercicio: sino, dime qué mayor contento pue-

de haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? ninguno sin duda alguna. Asi debe de ser, respondio Sancho, puesto que yo no lo sé, solo sé que despues que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para que me cuente en tan honroso numero) jamas hemos vencido batalla alguna sino fue la del Vizcaino, y aun de aquella salio vuestra merced con media oreja y media celada menos; que despues aca todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice. Esa es la pena que yo tengo, y la que tú debes tener, Sancho, respondio Don Quixote; pero de aqui adelante yo procurare haber á las manos alguna espada, hecha por tal maestria, que al que la truxere consigo no le puedan hacer ningun genero de encantamen-

tos, y aun podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadís, quando se llamaba: *El Caballero de la Ardiente Espada* (20), que fue una de las mejores espadas que tubo caballero en el mundo, porque, fuera que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante. Yo soy tan venturoso, dixo Sancho, que quando eso fuese, y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, solo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el balsamo, y á los escuderos que se los papen duelos. No temas eso, Sancho, dixo Don Quixote, que mejor lo hara el cielo contigo.

En estos coloquios iban Don Quixote y su escudero, quando vio Don Quixote que por el camino que iban venia acia ellos una grande y espesa polvareda, y en viendola se volvio á Sancho, y le dixo: este es el dia, ó Sancho, en el qual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mos-

trar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras, que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. Ves aquella polvareda que alli se levanta, Sancho? pues toda es cuaxada de un copiosisimo exercito que de diversas é inumerables gentes por alli viene marchando. A esa cuenta dos deben de ser, dixo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda. Volvio á mirarlo Don Quixote, y vio que asi era la verdad, y alegrandose sobremanera penso sin duda alguna que eran dos exercitos que venian á embestirse, y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasia de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafios, que en los libros de Caballerias se cuentan; y todo quanto hablaba, pensaba, ó hacia era encaminado á cosas semejantes. Y la polvareda que habia visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros, que por aquel

mismo camino de dos diferentes partes venian, las quales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba Don Quixote que eran exercitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: señor, pues qué hemos de hacer nosotros? Que? dixo Don Quixote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos. Y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduce y guia el grande emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana: este otro, que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del Arremangado Brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. Pues porqué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quierense mal, respondio Don Quixote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa y ademas agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano, si no dexa primero

la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve á la suya. Para mis barbas, dixo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en quanto pudiere. En eso haras lo que debes, Sancho, dixo Don Quixote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza eso, respondio Sancho; pero dónde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de pasada la refriega, porque el entrar en ella en semejante caballeria no creo que está en uso hasta ahora? Asi es verdad, dixo Don Quixote: lo que puedes hacer dél es dexarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque seran tantos los caballos, que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estame atento, y mira que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos exercitos vienen, y paraque mejor los veas y notes retiremonos á aquel altillo que alli se hace, de donde se deben de descubrir los dos exer-

citos. Hicieronlo asi, y pusieronse sobre una loma, desde la qual se verian bien las dos manadas, que á Don Quixote se le hicieron exercitos, si las nubes del polvo que levantaban, no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzo á decir.

Aquel caballero que alli ves de las armas jaldes (21), que trae en el escudo un leon coronado, rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia: el otro de los miembros giganteos, que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las Tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que segun es fama es una de las del templo que derribó Sanson, quando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos

á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro exercito al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, Principe de la Nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á quarteles azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice: *Miu*, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice es la sin par Miulina, hija del duque de Alfeñiquen del Algarve: el otro, que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana (22), que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion frances, llamado Pierres Papin, señor de las baronias de Utrique: el otro, que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano, que dice asi: *Rastrea mi suerte.* Y desta ma-

nera fue nombrando muchos caballeros del uno y del otro esquadron que él se imaginaba, y á todos les dio sus armas, colores, empresas y motes deimproviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura; y sin parar prosiguio diciendo. A este esquadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aqui estan los que beben las dulces aguas del famoso Xanto (23), los montuosos que pisan los Masilicos campos, los que criban el finisimo y menudo oro en la Felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo, los Numidas dudosos en sus promesas, los Persas en arcos y flechas famosos, los Partos, los Medos que pelean huyendo, los Arabes de mudables casas, los Citas tan crueles como blancos, los Etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro esquadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivifero Betis (24), los que

tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Xenil (25), los que pisan los Tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los Eliseos xerezanos prados, los Manchegos ricos y coronados de rubias espigas (26), los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda (27), los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las estendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frio del silboso (28) Pirineo, y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmente quantos toda la Europa en sí contiene y encierra (29). ¡Valame Dios, y quantas provincias dixo, quantas naciones nombró, dandole á cada una con marabillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leido en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de quando en quando vol-

via la cabeza á ver si veia los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubria á ninguno, le dixo: señor, encomiendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de quantos vuestra merced dice parece por todo esto, alomenos yo no los veo, quiza todo debe de ser encantamento, como las fantasmas de anoche. Como dices eso? respondio Don Quixote: ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores? No oigo otra cosa, respondio Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros; y asi era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo Don Quixote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas aderechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retirate á una parte y dexame solo, que solo basto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda. Y diciendo esto puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre baxó de

la costezuela como un rayo. Diole voces Sancho, diciendole : vuelvase vuestra merced, señor Don Quixote, que voto á Dios que son carneros y ovejas las que va á embestir: vuelvase : desdichado del padre que me engendró! qué locura es esta! mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados : qué es lo que hace? pecador soy yo á Dios! Ni por esas volvio Don Quixote, antes en altas voces iba diciendo: ea, caballeros, los que seguis y militais debaxo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del Arremangado Brazo, seguidme todos, vereis quan facilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo se entró por medio del esquadron de las ovejas, y comenzo de alanzeallas con tanto corage y denuedo, como si deveras alanzeara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos, que con la manada venian, dabanle voces que no hiciese aquello ; pero viendo que no aprovechaban,

desciñeronse las hondas, y comenzaron á saludalle los oidos con piedras como el puño. Don Quixote no se curaba de las piedras, antes discurriendo á todas partes decia: adonde estás, soberbio Alifanfaron? vente á mí, que un caballero solo soy que desea de solo á solo probar tus fuerzas, y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dandole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viendose tan maltrecho, creyo sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordandose de su licor, sacó su alcuza, y pusosela á la boca, y comenzo á echar licor en el estomago; mas antes que acabase de envasar lo que á él le parecia que era bastante, llegó otra almendra, y diole en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevandole de camino tres ó quatro dientes y muelas de la boca, y machucandole malamente dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero y tal el segundo, que le fue forzoso al pobre caballero dar consigo

del caballo abaxo. Llegaronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto, y asi con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron.

Estabase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacia, y arrancabase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer. Viendole pues caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, baxó de la cuesta, y llegose á él, y hallole de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y dixole: ¿no le decia yo, señor Don Quixote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran exercitos sino manadas de carneros? Como eso puede desparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo: sabete, Sancho, que es muy facil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vio que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto

los esquadrones de enemigos en manadas de ovejas: sino, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y siguelos bonitamente, y verás como en alejandose de aqui algun poco se vuelven en su ser primero, y dexando de ser carneros son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero; pero no vayas ahora, que he menester tu ayuda y favor: llegate á mí, y mira quantas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegose Sancho tan cerca, que casi le metia los ojos en la boca, y fue á tiempo que ya habia obrado el balsamo en el estomago de Don Quixote; y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí mas recio que una escopeta quanto dentro tenia, y dio con todo ello en las barbas del compasivo escudero. Santa Maria! dixo Sancho: y qué es esto que me ha sucedido? sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco mas en ello,

echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sino el balsamo de la alcuza que él le habia visto beber; y fue tanto el asco que tomó, que revolviendosele el estomago vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudio Sancho á su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse, y con qué curar á su amo, y como no las halló, estubo apunto de perder el juicio: maldixose denuevo, y propuso en su corazon de dexar á su amo y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida Insula. Levantose en esto Don Quixote, y puesta la mano izquierda en la boca, porque no se le acabasen de salir los dientes, asio con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado) y fuese adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno con la mano en la mexilla en guisa de hombre pensativo ademas; y viendole Don Quixote de aquella manera con muestras

de tanta tristeza le dixo : sabete , Sancho, que no es un hombre mas que otro , si no hace mas que otro : todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo , y han de sucedernos bien las cosas , porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aqui se sigue que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca; asique no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte dellas. Como no? respondio Sancho : por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? ¿y las alforjas , que hoy me faltan con todas mis alhajas , son de otro que del mismo? Qué te faltan las alforjas , Sancho? dixo Don Quixote. Si que me faltan, respondio Sancho. Dese modo no tenemos qué comer hoy, replicó Don Quixote. Eso fuera, respondio Sancho , quando faltaran por estos prados las yerbas, que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados caballeros andantes , como vuestra merced

es. Con todo eso, respondio Don Quixote, tomara yo ahora mas aina un quartal de pan, ó una hogaza, y dos cabezas de sardinas arenques, que quantas yerbas describe Dioscorides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna (30): mas con todo esto sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y mas andando tan en su servicio, como andamos, pues no falta á los mosquitos del ayre, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua; y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra merced, dixo Sancho, para predicador que para caballero andante. De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dixo Don Quixote; porque caballero andante hubo en los pasados siglos, que asi se paraba á hacer un sermon ó platica en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la universidad de Paris: de donde se infiere que nunca la

lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. Ahora bien, sea asi como vuestra merced dice, respondio Sancho, vamos ahora de aqui, y procuremos dónde alojar esta noche; y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados; que si los hay dare al diablo el hato y el garabato. Pideselo tú á Dios, hijo, dixo Don Quixote, y guia tú donde quisieres, que esta vez quiero dexar á tu eleccion el alojarnos; pero dame aca la mano y atientame con el dedo, y mira bien quantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quixada alta, que alli siento el dolor. Metio Sancho los dedos, y estandole atentando le dixo: quántas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Quatro, respondio Don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondio Sancho. Digo quatro, si no eran cinco, respondio Don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido

ni comido de neguijon ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media, y en la de arriba ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. Sin ventura yo! dixo Don Quixote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada: porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la Caballeria: sube, amigo, y guia, que yo te seguire al paso que quisieres. Hizolo asi Sancho, y encaminose acia donde le parecio que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real que por alli iba muy seguido. Yendose pues poco á poco, porque el dolor de las quixadas de Don Quixote no le dexaba sosegar ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenelle y divertirle diciendole alguna cosa, y entre

otras que le dixo fue lo que se dira en el siguiente capitulo.

CAPITULO XIX.

DE LAS DISCRETAS RAZONES QUE SANCHO PASABA CON SU AMO, Y DE LA AVENTURA QUE LE SUCEDIO CON UN CUERPO MUERTO, CON OTROS ACONTECIMIENTOS FAMOSOS.

Pareceme, señor mio, que todas estas desventuras, que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la orden de su Caballeria, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles, ni con la Reyna folgar, con todo aquello que á esto se sigue, y vuestra merced juró de cumplir hasta quitar aquel almete de Malandrino (31) ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dixo Don Quixote, mas para decirte verdad ello se me habia pasado de la me-

moria, y tambien puedes tener por cierto que por la culpa de no habermelo tú acordado en tiempo, te sucedio aquello de la manta; pero yo hare la enmienda: que modos hay de composicion en la orden de la Caballeria para todo. Pues juré yo algo por dicha? respondio Sancho. No importa que no hayas jurado, dixo Don Quixote, basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro; y por si ó por no, no sera malo proveernos de remedio. Pues si ello es asi, dixo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento, quiza les volvera la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz. En estas y otras platicas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir dónde aquella noche se recogiesen, y lo que no habia de bueno en ello era que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotage; y para acabar de confirmar esta desgracia les sucedio una aventura, que

sin artificio alguno verdaderamente lo parecia : y fue que la noche cerró con alguna escuridad; pero con todo esto caminaban , creyendo Sancho que pues aquel camino era real , á una ó dos leguas de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo pues desta manera , la noche escura , el escudero hambriento , y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban venian acia ellos gran multitud de lumbres , que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmose Sancho en viendolas , y Don Quixote no las tubo todas consigo : tiró el uno del cabestro á su asno y el otro de las riendas á su rocino , y estubieron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos , y mientras mas se llegaban mayores parecian , á cuya vista Sancho comenzo á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quixote , el qual animandose un poco dixo : esta sin duda , Sancho , debe de ser grandisima y peligrosisima aven-

tura , donde sera necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo. Desdichado de mí ! respondio Sancho : si acaso esta aventura fuese de fantasmas , como me lo va pareciendo, adónde habra costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dixo Don Quixote , no consentire yo que te toquen en el pelo de la ropa , que si la otra vez se burlaron contigo , fue porque no pude yo saltar las paredes dei corral ; pero ahora estamos en campo raso, donde podre yo como quisiere esgrimir mi espada. Y si le encantan y entomecen como la otra vez lo hicieron , dixo Sancho, qué aprovechará estar en campo abierto ó no? Con todo eso , replicó Don Quixote , te ruego , Sancho , que tengas buen animo , que la esperiencia te dara á entender el que yo tengo. Si tendre , si á Dios place , respondio Sancho. Y apartandose los dos á un lado del camino , tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser ; y de alli á muy poco descubrieron muchos encamisados , cuya temerosa

vision de todo punto remató el animo de Sancho Panza, el qual comenzo á dar diente con diente, como quien tiene frio de quartana; y crecio mas el batir y dentellear quando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detras de los quales venia una litera cubierta de luto, á la qual seguian otros seis de á caballo enlutados hasta los pies de las mulas: que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baxa y compasiva. Esta estraña vision á tales horas y en tal despoblado bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y aun en el de su amo; y asi fuera enquanto á Don Quixote, que ya Sancho habia dado altraves con todo su esfuerzo: lo contrario le avino á su amo, al qual en aquel punto se le representó en su imaginacion alvivo que aquella era una de las aventuras de sus libros. Figurosele que la litera eran andas, don-

de debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso enristró su lanzon, pusose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habian de pasar; y quando los vio cerca alzó la voz, y dixo: deteneos, caballeros, quienquiera que seais, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venis, adónde vais, qué es lo que en aquellas andas llevais; que segun las muestras ó vosotros habeis fecho, ó vos han fecho, algun desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron. Vamos de priesa, respondio uno de los encamisados, y está la venta lejos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedis; y picando la mula pasó adelante. Sintiose desta respuesta grandemente Don Quixote, y travando del freno, dixo: deteneos, y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he pre-

guntado, sino, conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera, que alzandose en los pies dio con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pie, viendo caer el encamisado, comenzo á denostar (32) á Don Quixote. El qual ya encolerizado, sin esperar mas, enristrando su lanzon arremetio á uno de los enlutados, y mal ferido dio con él en tierra; y revolviendose por los demas, era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba: que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante, segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y asi con facilidad en un momento dexaron la refriega, y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las mascaras, que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimismo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas no se podian mover; asique muy á su salvo Don Quixote

los apaleó á todos, y les hizo dexar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno, que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado, como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver Don Quixote, y llegandose á el le puso la punta del lanzon en el rostro, diciendole que se rindiese, si no que le mataria. A lo qual respondio el caido: harto rendido estoy ; pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometera un gran sacrilegio, que soy Licenciado y tengo las primeras ordenes. Pues quien diablos os ha traido aqui, dixo Don Quixote, siendo hombre de Iglesia? Quien, señor? replicó el caido: mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dixo Don Quixote, si

no me satisfaceis á todo quanto primero os pregunté. Con facilidad sera vuestra merced satisfecho, respondio el Licenciado: y asi sabra vuestra merced que, aunque denantes dixe que yo era Licenciado, no soy sino Bachiller (33), y llamome Alonso Lopez, soy natural de Alcobendas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas: vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murio en Baeza, donde fue depositado, y ahora como digo llevabamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural. Y quién le mató? preguntó Don Quixote. Dios por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondio el Bachiller. Desa suerte, dixo Don Quixote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero habiendole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo

hiciera, si á mí mismo me matara: y quiero que sepa vuestra Reverencia que yo soy un caballero de la Mancha llamado Don Quixote, y es mi oficio y exercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé como pueda ser eso de enderezar tuertos, dixo el Bachiller, pues á mí de derecho me habeis vuelto tuerto, dexandome una pierna quebrada, la qual no se vera derecha en todos los dias de su vida; y el agravio que en mí habeis deshecho ha sido dexarme agraviado de manera, que me quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras. No todas las cosas, respondio Don Quixote, suceden de un mismo modo: el daño estubo, señor bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellos sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejabades cosa mala y del otro mundo, y asi yo no pude dexar de cumplir con mi obligacion acometiendoos, y os

acometiera aunque verdaderamente supiera que erades los mismos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tube siempre. Ya que asi lo ha querido mi suerte, dixo el Bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante (que tan mala andanza me ha dado) me ayude á salir de debaxo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. Hablára yo para mañana, dixo Don Quixote; y hasta quando aguardabades á decirme vuestro afan? Dio luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acemila de repuesto, que traian aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudio á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor Bachiller de la opresion de la mula, y poniendole encima della le dio la hacha; y Don Quixote le dixo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese

perdon del agravio, que no habia sido en su mano dexar de haberle hecho. Dixole tambien Sancho: si acaso quisieren saber esos señores quien ha sido el valeroso que tales los puso, dirales vuestra merced que es el famoso Don Quixote de la Mancha, que por otro nombre se llama: *El Caballero de la Triste Figura.*

Con esto se fue el Bachiller, y Don Quixote preguntó á Sancho que que le habia movido á llamarle: *El Caballero de la Triste Figura* mas entonces que nunca? Yo se lo dire, respondio Sancho: porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco aca que jamas he visto, y debelo de haber causado ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes. No es eso, respondio Don Quixote, sino que el sabio, á cuyo cargo debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas, le habra parecido que sera bien que yo tome algun nombre apelativo, como lo toma-

ban todos los caballeros pasados; qual se llamaba: *El de la Ardiente Espada*; qual: *El del Unicornio*; aquel: *El de las Doncellas*; aqueste: *El del Ave Fenix*; el otro: *El Caballero del Grifo*; estotro: *El de la Muerte*, y por estos nombres e insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra; y asi digo que el sabio ya dicho te habra puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamases: *El Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y paraque mejor me quadre tal nombre determino de hacer pintar quando haya lugar en mi escudo una muy triste figura. No hay para que, señor, querer gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dixo Sancho; sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren, que sin mas ni mas, y sin otra imagen ni escudo, le llamarán: *El de la Triste Figura*; y creame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas) que le hace tan mala cara la

hambre y la falta de las muelas, que como ya tengo dicho se podra muy bien escusar la triste pintura. Riose Don Quixote del donayre de Sancho, pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo ó rodela como habia imaginado, y dixole: yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada *iuxta illud*: *Si quis suadente diabolo* &c. aunque se bien que no puse las manos, sino este lanzon; quanto mas que yo no pense que ofendia á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como catolico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo; y quando eso asi fuese, en la memoria tengo lo que pasó al Cid Rui Diaz quando quebro la silla del embaxador de aquel Rey delante de su Santidad el Papa, por lo qual lo descomulgó, y andubo aquel dia el buen Rodrigo de Bivar como muy honrado y valiente caballero (34). En oyendo esto el Bachiller se fue como queda dicho sin replicarle pala-

bra. Quisiera Don Quixote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó no; pero no lo consintio Sancho, diciendole: señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los vencio sola una persona, y corridos y avergonzados desto volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen muy bien en qué entender: el jumento está como conviene, la montaña es cerca, la hambre carga, no hay que hacer mas sino retirarnos con gentil compas de pies, y, como dicen: vayase el muerto á la sepultura, y el vivo á la hogaza; y antecogiendo su asno rogo á su señor que le siguiese, el qual, pareciendole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar le siguio. Y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento; y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre al-

morzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estomagos con mas de una fiambrera, que los señores clerigos del difunto (que pocas veces se dexan mal pasar) en la acemila de su repuesto traian; mas sucedioles otra desgracia, que Sancho la tùbo por la peor de todas, y fue que no tenian vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca; y acosados de la sed, dixo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dira en el siguiente capitulo.



CAPITULO XX.

DE LA JAMAS VISTA NI OIDA AVENTURA QUE CON MAS POCO PELIGRO FUE ACABADA DE FAMOSO CABALLERO EN EL MUNDO, COMO LA QUE ACABO EL VALEROSO DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aqui cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece, y asi sera

bien que vamos un poco mas adelante, que ya toparémos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Pareciole bien el consejo á Don Quixote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dexaba ver cosa alguna. Mas no hubieron andado docientos pasos, quando llegó á sus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegroles el ruido en gran manera, y parandose á escuchar acia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguó el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco animo: digo que oyeron que daban unos golpes á compas, con un cierto cruxir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua pusieran pavor á qualquiera otro co-

razon que no fuera el de Don Quixote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron á entrar entre unos arboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacian un temeroso y manso ruido: de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido de la agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y mas quando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba, añadiendose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban; pero Don Quixote, acompañado de su intrepido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzon, y dixo: Sancho amigo, has de saber que yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro ó la dorada, como suele llamarse: yo soy aquel, para quien estan guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los Doce de Francia, y los Nueve de la Fama, y el que ha de poner en ol-

vido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, estrañezas y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su estraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos arboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna (35), y aquel incesable golpear que nos hiere y lastíma los oidos: las quales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, quanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi animo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa

que se muestra : asique aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quedate á Dios, y esperame aqui hasta tres dias no mas, en los quales , si no volviere , puedes tú volverte á nuestra aldea , y desde alli por hacerme merced y buena obra irás al Toboso, donde diras á la incomparable señora mia Dulcinea que su cautivo caballero murio por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Quando Sancho oyo las palabras de su amo, comenzo á llorar con la mayor ternura del mundo (36), y á decirle: señor, yo no sé porque quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aqui no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias; y pues no hay quien nos vea, menos habra quien nos note de cobardes; quanto mas que yo he oido muchas veces predicar al Cura de nuestro Lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que: *quien busca el peligro perece en él*: asique no es bien tentar á Dios acometiendo tan desaforado

hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fui, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos, como acompañaban al difunto; y quando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muevale el pensar y creer que apenas se habra vuestra merced apartado de aqui, quando yo de miedo de mi anima á quien quisiere llevarla: yo sali de mi tierra, y dexe hijos y muger por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer mas y no menos; pero como la cudicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues quando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y malhadada Insula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dexar en un lugar tan apartado del trato humano: por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado, y ya que deltodo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho,

dilatelo alomenos hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendi quando era pastor, no debe de haber desde aqui al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la medianoche en la linea del brazo izquierdo (37). Cómo puedes tú, Sancho, dixo Don Quixote, ver donde hace esa linea, ni donde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan escura, que no parece en todo el cielo estrella alguna? Asi es, dixo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debaxo de tierra quanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aqui al dia. Falte lo que faltare, respondio Don Quixote, que no se ha de decir por mí ahora, ni en ningun tiempo, que lagrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia á estilo de caballero: y asi te ruego, Sancho, que calles, que Dios, que me ha puesto en corazon de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendra cuidado de mi-

rar por mi salud, y de consolar tu tristeza : lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante, y quedarte aqui, que yo dare la vuelta presto , ó vivo ó muerto. Viendo pues Sancho la ultima resolucion de su amo , y quan poco valian con él sus lagrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia si pudiese; y asi quando apretaba las cinchas al caballo , bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos pies á Rocinante de manera , que quando Don Quixote se quiso partir no pudo , porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste , dixo : ea , señor , que el cielo comovido de mis lagrimas y plegarias ha ordenado que no se pueda mover Rocinante, y si vos quereis porfiar, y espolear , y dalle , sera enojar á la fortuna, y dar coces como dicen contra el aguijon. Desesperabase con esto Don Quixote, y por mas que ponia las piernas al caballo, menos le podia mover, y sin caer en la cuen-

ta de la ligadura tubo por bien de sosegarse, y esperar ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho; y asi le dixo: pues asi es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ria el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No hay que llorar, respondio Sancho, que yo entretendre á vuestra merced contando cuentos desde aqui al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba, á uso de caballeros andantes, para hallarse mas descansado quando llegue el dia y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. A qué llamas apear, ó á qué dormir? dixo Don Quixote: soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? duerme tú que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo hare lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, señor mio, respondio Sancho, que no lo dixe por tan-

to ; y llegandose á el , puso la una mano en el arzon delantero y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo , sin osarse apartar del un dedo: tal era el miedo que tenia á los golpes que todavia alternativamente sonaban. Dixole Don Quixote que contase algun cuento para entretenerle, como se lo habia prometido. A lo qual Sancho dixo que si hiciera , si le dexara el temor de lo que oia; pero con todo eso yo me esforzaré á decir una historia que, si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias , y esteme vuestra merced atento que ya comienzo.

Erase que se era , el bien que viniere para todos sea , y el mal para quien lo fuere á buscar. Y advierta vuestra merced , señor mio , que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fue asi comoquiera , que fue una sentencia de Caton Zonzorino , romano , que dice : *y el mal para quien le fuere á buscar* (38), que viene aqui como anillo al dedo paraque

vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este, donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, y del camino, que hemos de seguir, dexame á mí el cuidado. Digo pues, prosiguio Sancho, que en un lugar de Estremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir que guardaba cabras, el qual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba, la qual pastora llamada Torralba era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico.... Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dilo seguidamente, y cuentalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondio Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlo de otra, ni es

bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. Di como quisieres, respondio Don Quixote, que pues la suerte quiere que no pueda dexar de escucharte, prosigue. Asique, señor mio de mi anima, prosiguio Sancho, que como ya tengo dicho este pastor andaba enamorado de Torralba la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos vigotes, que parece que ahora la veo. Luego conocistela tú? dixo Don Quixote. No la conoci yo, respondio Sancho; pero quien me conto este cuento me dixo que era tan cierto y verdadero, que podia bien, quando lo contase á otro, afirmar y jurar que lo habia visto todo. Asique yendo dias y viniendo dias, el diablo, que no duerme y que todo lo añasca, hizo de manera, que el amor que el pastor tenia á la pastora se volviese en omecillo y mala voluntad; y la causa fue segun malas lenguas una cierta cantidad de zelillos que ella le dio, tales, que pasaban de la raya, y llegaban á lo vedado; y fue tanto lo que el pastor

la aborrecio de alli adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesen jamas. La Torralba, que se vio desdeñada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le habia querido. Esa es natural condicion de mugeres, dixo Don Quixote, desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece: pasa adelante, Sancho. Sucedio, dixo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras se encaminó por los campos de Estremadura para pasarse á los reynos de Portugal. La Torralba que lo supo se fue tras él, y seguiale á pie y descalza desde lejos con un bordon en la mano, y con unas alforjas al cuello, donde llevaba segun es fama un pedazo de espejo, y otro de un peyne, y no sé qué botecillo de mudas (39) para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo: solo dire que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazon iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que

llegó no habia barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veia que la Torralba venia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lagrimas; mas tanto andubo mirando, que vio un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podian caber en el una persona y una cabra; y con todo esto le habló, y concerto con él que le pasase á él y á trecientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco y pasó una cabra, volvio y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra. Tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria se acabará el cuento, y no sera posible contar mas palabra del. Sigo pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto volvio por otra cabra, y otra, y otra. Haz cuenta que las pasó todas, dixo Don Quixote, no andes

yendo y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año. Quantas han pasado hasta ahora? dixo Sancho. Yo qué diablos sé, respondio Don Quixote. He ahi lo que yo dixe, que tubiese buena cuenta; pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante. Como puede ser eso? respondio Don Quixote: ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por estenso, que si se yerra una del numero no puedes seguir adelante con la historia? No señor, en ninguna manera, respondio Sancho, porque asi como yo pregunté á vuestra merced que me dixese quantas cabras habian pasado, y me respondio que no sabia, en aquel mismo instante se me fue á mí de la memoria quanto me quedaba por decir, y afe que era de mucha virtud y contento. De modo, dixo Don Quixote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho. Digote de verdad, respondio Don Quixote, que tú has contado una de las mas nuevas consejas, cuento ó historia, que nadie pudo pen-

sar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dexarla jamas se podra ver ni habra visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me marabillo, pues quiza estos golpes que no cesan te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondio Sancho; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay mas qué decir, que alli se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasage de las cabras (40). Acabe norabuena donde quisiere, dixo Don Quixote, y veamos si se puede mover Rocinante. Tornole á poner las piernas, y él tornó á dar saltos, y á estarse quedo: tanto estaba de bien atado.

En esto parece ser ó que el frio de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que mas se debe creer) á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo: pues

pensar de no hacer lo que tenia gana tampoco era posible; y asi lo que hizo por bien de paz fue soltar la mano derecha, que tenia asida al arzon trasero, con la qual bonitamente y sin rumor alguno se solto la lazada corrediza, con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna; y en quitandosela, dieron luego abaxo, y se le quedaron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al ayre entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas. Hecho esto (que él penso que era lo mas que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otra mayor, que fue que le parecio que no podia mudarse sin hacer estrepito y ruido, y comenzo á apretar los dientes y encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo quanto podia: pero con todas estas diligencias fue tan desdichado, que alcabo alcabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponia tanto miedo. Oyolo Don Quixote, y dixo: qué rumor es ese, Sancho? No sé, señor, respondio él:

alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco. Tornó otra vez á probar ventura, y sucediole tan bien, que sin mas ruido ni alboroto que el pasado se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado; mas como Don Quixote tenia el sentido del olfato tan vivo, como el de los oidos, y Sancho estaba tan junto y cosido con el, que casi por linea recta subian los vapores acia arriba, no se pudo escusar de que algunos no llegasen á sus narices; y apenas hubieron llegado, quando él fue al socorro apretandolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dixo: pareceme, Sancho, que tienes mucho miedo. Si tengo, respondio Sancho; mas en qué lo echa de ver vuestra merced ahora mas que nunca? En que ahora mas que nunca hueles, y no á ambar, respondio Don Quixoté. Bien podra ser, dixo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos. Retirate tres ó quatro alla, amigo, dixo

Don Quixote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices) y desde aqui adelante ten mas cuenta con tu persona, y con lo que debes á la mia, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es meneallo, amigo Sancho, respondio Don Quixote. En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante, y se ató los calzones. Como Rocinante se vio libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintio, y comenzo á dar manotadas, porque corvetas, con perdon suyo, no las sabia hacer. Viendo pues Don Quixote que ya Rocinante se movia, lo tubo á buena señal, y creyo que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura.

Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vio Don Quixote que estaba entre unos arbo-

les altos, que eran castaños que hacen la sombra muy escura: sintio tambien que el golpear no cesaba, pero no vio quien lo podia causar; y asi sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho, le mandó que alli le aguardase tres dias á lo mas largo, como ya otra vez se lo habia dicho; y que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tubiese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias: tornole á referir el recado y embaxada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tubiese pena, porque él habia dexado hecho su testamento antes que saliera de su Lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad, del tiempo que hubiese servido; pero que, si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida insula. Denuevo tornó á llorar Sancho, oyendo denuevo las lastimeras ra-

zones de su buen señor, y determinó de no dexarle hasta el ultimo transito y fin de aquel negocio. Destas lagrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debia de ser bien nacido, y porlomenos cristiano viejo: cuyo sentimiento enternecio algo á su amo, pero no tanto, que mostrase flaqueza alguna, antes disimulando lo mejor que pudo comenzo á caminar acia la parte, por donde le parecio que el ruido del agua y del golpear venia. Seguiale Sancho á pie, llevando como tenia de costumbre del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prosperas y adversas fortunas; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y arboles sombrios, dieron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacia, de las quales se precipitaba un grandisimo golpe de agua: al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecian ruinas de edificios que casas, de entre las quales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear que

aun no cesaba. Alborotose Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegandole Don Quixote se fue llegando poco á poco á las casas, encomendandose de todo corazon á su señora, suplicandole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba tambien á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el qual alargaba quanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que andubieron, quando al doblar de una punta parecio descubierta y patente la misma causa, sinque pudiese ser otra, de aquel horrisono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los habia tenido; y eran (si no lo has, ó lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Quando Don Quixote vio lo que era enmudecio y pasmose de arriba abaxo. Mirole Sancho, y vio que tenia la

cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien Don Quixote á Sancho, y viole que tenia los carrillos hinchados y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella; y no pudo su melancolia tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dexar de reirse: y como vio Sancho que su amo habia comenzado, solto la presa de manera, que tubo necesidad de apretarse las ijadas con los puños por no reventar riyendo: quatro veces sosego, y otras tantas volvio á su risa con el mismo impetu que primero: de lo qual ya se daba al diablo Don Quixote, y mas quando le oyo decir como por modo de fisga: has de saber, ó Sancho amigo, que yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos: y por aqui fue repitiendo todas ó las mas razones que Don Quixote dixo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues Don

Quixote que Sancho hacia burla dél, se corrio y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon, y le asento dos palos tales, que si como los recibio en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dixo: sosieguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlais no me burlo yo, respondio Don Quixote. Venid aca, señor alegre: ¿pareceos á vos que si como estos fueron mazos de batan, fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el animo que convenia para emprendella y acaballa? ¿estoy yo obligado adicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber quales son de batanes ó no? y mas que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habreis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos: sino, haced vos que estos seis

mazos se vuelvan en seis jayanes, y echadmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y quando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisieredes. No haya mas, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasia; pero digame vuestra merced ahora que estamos en paz, asi Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta, ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? alomenos el que yo tube, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto. No niego yo, respondio Don Quixote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas, que sepan poner en su punto las cosas. Alomenos, respondio Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntandome á la cabeza, y dandome en las espaldas: gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya

que todo saldra en la colada, que yo he oido decir: ese te quiere bien que te hace llorar, y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos insulas, ó reynos en Tierrafirme. Tal podria correr el dado, dixo Don Quixote, que todo lo que dices viniese á ser verdad: y perdona lo pasado, pues eres discreto, y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre; y está advertido de aqui adelante en una cosa, paraque te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo, que en quantos libros de Caballerias he leido, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor, como tú con el tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia: tuya, en que me estimas en poco: mia, en que no me dexo estimar en mas: sí, que Gandalin, escudero de Amadís de Gaula, conde fue de la Insula Firme, y

se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo *more turquesco*: pues qué diremos de Gasabal, escudero de Don Galaor, que fue tan callado, que, para declararnos la escelencia de su marabilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero: asique desde hoy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo; porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cantaro: las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán á su tiempo; y si no llegaren, el salario alomenos no se ha de perder, como ya os he dicho. Está bien quanto vuestra merced dice, dixo Sancho; pero querria yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios) quánto ganaba un es-

cudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses, ó por dias, como peones de albañir. No creo yo, respondio Don Quixote, que jamas los tales escuderos estubieron á salario, sino á merced; y si yo ahora te le he señalado á ti en el testamento cerrado que dexé en mi casa, fue por lo que podria suceder, que aun no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la Caballeria, y no querria que por pocas cosas penase mi anima en el otro mundo; porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado mas peligroso que el de los aventureros. Asi es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batan pudo alborotar y desasosegar el corazon de un tan valeroso andante aventurero, como es vuestra merced; mas bien puede estar seguro que de aqui adelante no despliegue mis labios para hacer donayre de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. Desa manera, replicó Don Quixote, viviras sobre la haz de la tierra,

porque despues de á los padres á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

CAPITULO XXI.

QUE TRATA DE LA ALTA AVENTURA Y RICA GANANCIA DEL YELMO DE MAMBRINO, CON OTRAS COSAS SUCEDIDAS A NUESTRO INVENCIBLE CABALLERO.

En esto comenzo á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habiales cobrado tal aborrecimiento Don Quixote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y asi torciendo el camino á la derecha mano, dieron en otro como el que habian llevado el dia de antes. De alli á poco descubrio Don Quixote un hombre á caballo, que traia en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro; y aun él apenas le hubo visto, quando se volvio á Sancho y le dixo: pareceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sa-

cadas de la misma esperiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice : donde una puerta se cierra otra se abre. Digolo, porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscabamos, engañandonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y mas cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia sera la culpa, sinque la pueda dar á la poca noticia de batanes ni á la escuridad de la noche : digo esto, porque si no me engaño acia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino (41) sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dixo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido. Valate el diablo por hombre, replicó Don Quixote : qué va de yelmo á batanes? No sé nada, respondio Sancho ; mas afe que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quiza diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en

lo que dice. Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? dixo Don Quixote : dime ¿no ves aquel caballero que acia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que yo veo y columbro, respondio Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pues ese es el yelmo de Mambrino, dixo Don Quixote: apartate á una parte, y dexame con él á solas, verás quan sin hablar palabra por ahorrar de tiempo concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios torno á decir que oregano sea, y no batanes. Ya os he dicho, hermano, que no me menteis ni por pienso mas eso de los batanes, dixo Don Quixote: que voto.... y no digo mas, que os batanee el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto, que le habia echado redondo como una bola. Es pues el caso, que el yel-

mo, y el caballo y caballero que Don Quixote veia, era esto: que en aquel contorno habia dos Lugares, el uno tan pequeño, que ni tenia botica ni barbero, y el otro, que estaba junto á él, si; y asi el barbero del mayor servia al menor, en el qual tubo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo qual venia el barbero, y traia una bacia de azofar; y quiso la suerte que al tiempo que venia comenzo á llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacia sobre la cabeza, y como estaba limpia desde media legua relumbraba: venia sobre un asno pardo, como Sancho dixo, y esta fue la ocasion que á Don Quixote le parecio caballo rucio rodado, y caballero, y el yelmo de oro (que todas las cosas que veia, con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas Caballerias y mal andantes pensamientos). Y quando él vio que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzon baxo, lle-

vando intencion de pasarle de parte á parte; mas quando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera le dixo: defiendete, cautiva criatura, ó entriegame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vio venir aquella fantasma sobre sí, no tubo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fue el dexarse caer del asno abaxo; y no hubo tocado al suelo, quando se levantó mas ligero que un gamo, y comenzo á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dexose la bacia en el suelo, con la qual se contentó Don Quixote, y dixo que el pagano habia andado discreto, y que habia imitado al castor, el qual viendose acosado de los cazadores se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido: mandó á Sancho que alzase el yelmo. El qual tomandole en las manos dixo: por Dios que la bacia es buena, y que vale un real de á ocho, como un maravedi; y dandosela á su amo, se la puso luego en

la cabeza , rodeandola á una parte y á otra buscandole el encaxe , y como no se le hallaba dixo : sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada , debia de tener grandisima cabeza , y lo peor dello es que le falta la mitad. Quando Sancho oyo llamar á la bacia celada , no pudo tener la risa ; mas vinosele á las mientes la colera de su amo, y calló en la mitad della. De qué te ries, Sancho? dixo Don Quixote. Riome , respondio el , de considerar la gran cabeza que tenia el pagano , dueño deste almete, que no semeja sino una bacia de barbero pintiparada. Sabes qué imagino , Sancho? que esta famosa pieza deste encantado yelmo por algun estraño acidente debio de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor , y sin saber lo que hacia viendola de oro purisimo debio de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio , y de la otra mitad hizo esta que parece bacia de barbero , como tú dices ; pero sea lo que fuere , que para mí que la conozco no hace al caso su trans-

mutacion, que yo la aderezaré en el primer Lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja ni aun le llegue la que hizo y forjó el dios de las herrerias para el dios de las batallas: y en este entretanto la traere como pudiere, que mas vale algo que no nada, quanto mas que bien sera bastante para defenderme de alguna pedrada. Eso sera, dixo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos exercitos, quando le santiguaron á vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza, donde venia aquel benditisimo brebage que me hizo vomitar las asaduras. No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dixo Don Quixote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondio Sancho; pero si yo le hiciere ni le probare mas en mi vida, aqui sea mi hora: quanto mas que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido, ni de ferir á nadie: de lo del ser otra vez

manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir; y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare. Mal cristiano eres, Sancho, dixo oyendo esto Don Quixote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho; pues sabete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerias: qué pie sacaste coxo? qué costilla quebrada? qué cabeza rota paraque no se te olvide aquella burla? que bien apurada la cosa burla fue y pasatiempo, que á no entenderlo yo asi, ya yo hubiera vuelto alla, y hubiera hecho en tu venganza mas daño, que el que hicieron los griegos por la robada Elena: la qual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tubiera tanta fama de hermosa como tiene: y aqui dio un suspiro, y le puso en las nubes. Y dixo Sancho: pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad

fueron las veras y las burlas, y sé tambien que no se me caeran de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas: pero dexando esto aparte, digame vuestra merced qué haremos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dexó aqui desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que segun él puso los pies en polvorosa, y cogio las (42) de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamas, y para mis barbas si no es bueno el rucio. Nunca yo acostumbro, dixo Don Quixote, despojar á los que venzo, ni es uso de Caballeria quitarles los caballos y dexarlos á pie: si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso licito es tomar el del vencido, como ganado en guerra licita: asique, Sancho, dexa ese caballo, ó asno, ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aqui, volvera por él. Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó porlomenos trocalle con este mio, que no me parece tan bueno: verdaderamente que son

estrechas las leyes de Caballeria, pues no se estienden á dexar trocar un asno por otro, y querria saber si podria trocar los aparejos siquiera. En eso no estoy muy cierto, respondio Don Quixote; y en caso de duda, hasta estar mejor informado digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad estrema. Tan estrema es, respondio Sancho, que si fueran para mi misma persona no los hubiera menester mas: y luego habilitado con aquella licencia hizo *mutatio capparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dexandole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto almorzaron las sobras del real que del acemila despojaron (43), bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara á mirallos: tal era el aborrecimiento que les tenian por el miedo en que los habian puesto; y cortada la colera y aun la malencolia subieron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso (44), que

se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaba, en buen amor y compañia: con todo esto volvieron al camino real, y siguieron por él á la ventura sin otro designio alguno.

Yendo pues asi caminando, dixo Sancho á su amo: señor, quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? que despues que me puso aquel aspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de quatro cosas en el estomago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua, no querria que se malograse. Dila, dixo Don Quixote, y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo. Digo pues, señor, respondio Sancho, que de algunos dias á esta parte he considerado quan poco se gana y grangea de andar buscando estas aventuras, que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucixadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las mas peligrosas, no hay quien las vea ni sepa; y asi se han de quedar en perpetuo silen-

cio, y en perjuicio de la intencion de vuestra merced, y de lo que ellas merecen: y asi me parece que seria mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuesemos á servir á algun Emperador, ó á otro Principe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento: que visto esto del señor, á quien serviremos, por fuerza nos ha de remunerar á cada qual segun sus meritos: y alli no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria: de las mias no digo nada, pues no han de salir de los limites escuderiles; aunque sé decir que si se usa en la Caballeria escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dices mal, Sancho, respondio Don Quixote; mas antes que se llegue á ese termino es menester andar por el mundo, como en aprobacion, buscando las aventuras, para que acabando algunas se cobre nombre y fama tal, que quando se

fuere á la corte de algun gran Monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras; y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, quando todos le sigan y rodeen dando voces, diciendo: este es el caballero del Sol (45), ó de la Serpiente (46), ó de otra insignia alguna, debaxo de la qual hubiere acabado grandes hazañas: este es, diran, el que vencio en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la gran fuerza: el que desencantó al gran Mameluco de Persia del largo encantamento en que habia estado casi novecientos años; asique de mano en mano iran pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos y de la demas gente se parará á las fenestras de su Real palacio el Rey de aquel reyno: y asi como vea al caballero, conociendole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: ea, sús (47), salgan mis caballeros quantos en mi corte estan á recebir á la flor de la Caballeria que alli viene: á cuyo mandamiento saldran todos, y el lle-

gará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechisimamente, y le dara paz besandole en el rostro (48), y luego le llevará por la mano al aposento de la señora Reyna, adonde el caballero la hallará con la Infanta su hija, que ha de ser una de las mas fermosas y acabadas doncellas, que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puede hallar: sucedera tras esto luego en continente que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca á otro cosa mas divina que humana: y sin saber cómo ni cómo no han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber cómo se han de fablar para descubrir sus ansias y sentimientos: desde alli le llevarán sin duda á algun quarto del palacio ricamente aderezado, donde habiendole quitado las armas, le traeran un rico manton de escarlata con que se cubra: y si bien parecio armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto (49): venida la noche cenará con el Rey, Reyna é In-

fanta, donde nunca quitará los ojos della, mirandola á furto de los circunstantes, y ella hara lo mismo con la misma sagacidad, porque como tengo dicho es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano (50) con una fermosa dueña, que entre dos gigantes detras del enano viene con cierta aventura hecha por un antiquisimo sabio, que el que la acabare sera tenido por el mejor caballero del mundo: mandará luego el Rey que todos los que estan presentes la prueben, y ninguno le dara fin y cima sino el caballero huesped en mucho pro de su fama, de lo qual quedará contentisima la Infanta, y se tendra por contenta y pagada ademas por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte: y lo bueno es que este Rey ó Principe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como el, y el caballero huesped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha:

darasela el Rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le face: y aquella noche se despedira de su señora la Infanta por las rejas de un jardin, que cae en el aposento donde ella duerme, por las quales ya otras muchas veces la habia fablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la Infanta mucho se fia (51): suspirará él, desmayarase ella, traera agua la doncella, acuitarase mucho porque viene la mañana, y no querria que fuesen descubiertos por la honra de su señora: finalmente la Infanta volvera en sí, y dara sus blancas manos por la reja al caballero, el qual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lagrimas: quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogarale la Princesa que se detenga lo menos que pudiere: prometerselo ha él con muchos juramentos: tornale á besar las manos, y despidese con tanto sentimiento, que estara poco por acabar la vida: vase desde alli á

su aposento, echase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida: madruga muy de mañana, vase á despedir del Rey y de la Reyna, y de la Infanta: diciendole (habiendose despedido de los dos) que la señora Infanta está mal dispuesta y que no puede recebir visita, piensa el caballero que es de pena de su partida: traspasasele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena: está la doncella medianera delante, halo de notar todo, vaselo á decir á su señora, la qual la recibe con lagrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quien sea su caballero, y si es de linage de Reyes, ó no: asegura la doncella que no puede caber tanta cortesia, gentileza y valentia como la de su caballero sino en sugeto Real y grave: consuelase con esto la cuitada, y procura consolarse por no dar mal indicio de sí á sus padres, y acabo de dos dias sale en publico. Ya se es ido el caballero: pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas:

vuelve á la corte, ve á su señora por donde suele, conciertase que la pida á su padre por muger en pago de sus servicios: no se la quiere dar el Rey, porque no sabe quien es; pero con todo esto ó robada, ó de otra qualquier suerte que sea, la Infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso Rey de no sé que reyno, porque creo que no debe de estar en el mapa: muerese el padre, hereda la Infanta, queda Rey (52) el caballero en dos paletas. Aqui entra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado: casa á su escudero con una doncella de la Infanta, que sera sin duda la que fue tercera en sus amores, que es hija de un Duque muy principal (53). Eso pido, y barras derechas, dixo Sancho, á eso me atengo (54), porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamandose El Caballero de la Triste Figura. No lo dudes, Sancho, replicó Don Quixote,

porque del mismo modo (55), y por los mismos pasos que esto he contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser Reyes y Emperadores. Solo falta ahora mirar qué Rey de los cristianos, ó de los paganos, tenga guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habra para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda á la corte: tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle Rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increible por todo el universo, no sé como se podia hallar que yo sea de linage de Reyes, ó porlomenos primo segundo de Emperador; porque no me querra el Rey dar á su hija por muger, si no está primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos; asique por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido: bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesion y propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podria ser que el sabio, que escribiese mi historia,

deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto ó sesto nieto de Rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linages en el mundo: unos, que traen y derivan su descendencia de Principes y Monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como piramides: otros tubieron principio de gente baxa, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores: de manera que está la diferencia en que unos fueron, que ya no son, y otros son, que ya no fueron, y podria ser yo destos, que, despues de averiguado, hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo qual se debia de contentar el Rey, mi suegro que hubiere de ser: y quando no, la Infanta me ha de querer de manera, que apesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor y por esposo; y si no, aqui entra el roballa, y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres.

Ahi entra bien tambien , dixo Sancho , lo que algunos desalmados dicen : no pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza, aunque mejor quadra decir: mas vale salto de mata que ruego de hombres buenos: digolo , porque si el señor Rey suegro de vuestra merced no se quisiere domeñar á entregarle á mi señora la Infanta, no hay sino como vuestra merced dice roballa y trasponella; pero está el daño, que entanto que se hagan las paces y se goce pacificamente del reyno, el pobre escudero se podra estar á diente en esto de las mercedes: si ya no es que la doncella tercera, que ha de ser su muger, se sale con la Infanta, y él pasa con ella su mala ventura hasta que el cielo ordene otra cosa; porque bien podra creo yo desde luego darsela su señor por legitima esposa. Eso no hay quien lo quite, dixo Don Quixote. Pues como eso sea , respondio Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios, y dexar correr la suerte por donde mejor lo encaminare. Hagalo Dios , respondio Don Quixote, como yo deseo , y tú , Sancho , has menes-

ter, y ruin sea quien por ruin se tiene. Sea par Dios, dixo Sancho, que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta. Y aun te sobra, dixo Don Quixote; y quando no lo fueras, no hacia nada al caso, porque, siendo yo el Rey, bien te puedo dar nobleza sinque la compres ni me sirvas con nada, porque en haciendote conde catate ahi caballero, y digan lo que dixeren, que á buena fe que te han de llamar señoria mal que les pese. Y montas, que no sabria yo autorizar el litado, dixo Sancho. Dictado has de decir, que no litado, dixo su amo. Sea asi, respondio Sancho Panza: digo que le sabria bien acomodar, porque por vida mia que un tiempo fui muñidor de una cofradia, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser prioste de la misma cofradia: pues que sera quando me ponga un ropon ducal acuestas, ó me vista de oro y de perlas á uso de conde estrangero? para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas. Bien pareceras, dixo Don Quixote; pero sera me-

nester que te rapes las barbas amenudo, que segun las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos dias porlomenos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres. Qué hay mas, dixo Sancho, sino tomar un barbero, y tenerle asalariado en casa, y aun si fuere menester le hare que ande tras mí, como caballerizo de Grande? Pues cómo sabes tú, preguntó Don Quixote, que los Grandes llevan detras de sí á sus caballerizos? Yo se lo dire, respondio Sancho: los años pasados estube un mes en la corte, y alli vi que paseandose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande (56), un hombre le seguia á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecia sino que era su rabo: pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro hombre, sino que siempre andaba tras del. Respondieronme que era su caballerizo, y que era uso de Grandes llevar tras sí á los tales (57): desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dixo

Don Quixote, y que asi puedes tú llevar á tu barbero, que los usos no vinieron todos juntos, ni se inventaron auna, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero: y aun es de mas confianza el hacer la barba que ensillar un caballo. Quedese eso del barbero á mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser Rey, y el hacerme conde. Asi sera, respondio Don Quixote, y alzando los ojos vio lo que se dira en el siguiente capitulo.

CAPITULO XXII.

DE LA LIBERTAD QUE DIO DON QUIXOTE A MUCHOS DESDICHADOS, QUE MAL DE SU GRADO LOS LLEVABAN DONDE NO QUISIERAN IR.

Cuenta Cide Hamete Ben Engeli, autor arabigo y manchego, en esta gravisima, altisonante, minima, dulce é imaginada historia que despues que entre el famoso Don Quixote de la Mancha y Sancho Pan-

za su escudero pasaron aquellas razones, que en el fin del capitulo veinte y uno quedan referidas, que Don Quixote alzó los ojos, y vio que por el camino que llevaba venian hasta doce hombres á pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos: venian asimismo con ellos dos hombres de á caballo, y dos de á pie, los de á caballo con escopetas de rueda, y los de á pie con dardos y espadas: y que asi como Sancho Panza los vido dixo: esta es cadena de galeotes, gente forzada del Rey, que va á las galeras. Como gente forzada? preguntó Don Quixote: es posible que el Rey haga fuerza á ninguna gente? No digo eso, respondio Sancho, sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al Rey en las galeras de por fuerza. En resolucion, replicó Don Quixote, comoquiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de voluntad. Asi es, dixo Sancho. Pues desa manera, dixo su amo, aqui encaxa la execucion de mi ofi-

cio: desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables. Advierta vuestra merced, dixo Sancho, que la Justicia, que es el mismo Rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quixote con muy corteses razones pidio á los que iban en su guarda, fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas por qué llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondio que eran galeotes, gente de su Magestad, que iba á galeras, y que no habia mas que decir ni el tenia mas que saber. Con todo eso, replicó Don Quixote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia: añadio á estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le dixesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dixo: aunque llevamos aqui el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo este de detenerles á sacarlas ni á leellas, vuestra mer-

ced llegue y se lo pregunte á ellos mesmos, que ellos lo diran, si quisieren; que sí querran, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerias. Con esta licencia, que Don Quixote se tomara aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. El respondio que por enamorado iba de aquella manera. Por eso no mas? replicó Don Quixote: pues si por enamorados echan á galeras, dias ha que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dixo el galeote, que los mios fueron, que quise tanto á una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que á no quitarmela la Justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dexado de mi voluntad: fue en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyose la causa, acomodaronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabose la obra. Que son gurapas? preguntó Don Quixote. Gurapas

son galeras, respondio el galeote, el qual era un mozo de hasta edad de veinte y quatro años, y dixo que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó Don Quixote al segundo, el qual no respondio palabra segun iba de triste y melancolico; mas respondio por el el primero, y dixo: este, señor, va por canario, digo que por musico y cantor. Pues como? repitio Don Quixote: por musicos y cantores van tambien á galeras? Si señor, respondio el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he oido decir, dixo Don Quixote, que quien canta sus males espanta. Aca es alreves, dixo el galeote, que quien canta una vez llora toda la vida. No lo entiendo, dixo Don Quixote. Mas una de las guardas le dixo: señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente non santa confesar en el tormento: á este pecador le dieron tormento y confesó: su delito era ser quatrero, que es ser ladron de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años á galeras, amen de docientos azotes que ya lle-

va en las espaldas : y va siempre pensativo y triste , porque los demas ladrones, que alla quedan, y aqui van , le maltratan , y aniquilan, y escarnecen , y tienen en poco porque confesó , y no tubo animo de decir nones ; porque dicen ellos que tantas letras tiene un nó , como un sí , y que harta ventura tiene un delinquente que está en su lengua su vida ó su muerte , y no en la de los testigos y probanzas : y para mí tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo asi , respondio Don Quixote , el qual pasando al tercero preguntó lo que á los otros. El qual depresto y con mucho desenfado respondio y dixo : yo voy por cinco años á las señoras gurapas por faltarme diez ducados. Yo dare veinte de muy buena gana , dixo Don Quixote , por libraros desa pesadumbre. Eso me parece , respondio el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester: digolo , porque si á su tiempo tubiera yo esos veinte ducados que vuestra merced

ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la pendola del escribano, y avivado el ingenio del procurador; de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo : pero Dios es grande, paciencia , y basta. Pasó Don Quixote al quarto , que era un hombre de venerable rostro , con una barba blanca que le pasabá del pecho , el qual oyendose preguntar la causa por qué alli venia, comenzo á llorar , y no respondio palabra ; mas el quinto condenado le sirvio de lengua , y dixo : este hombre honrado va por quatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas, vestido en pompa y á caballo. Eso es , dixo Sancho Panza, á lo que á mí me parece , haber salido á la verguenza. Asi es , replicó el galeote : y la culpa, por qué le dieron esta pena, es por haber sido corredor de oreja , y aun de todo el cuerpo : enefecto quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimismo sus puntas y collar de hechicero. A no haberle añadido esas puntas y collar , di-

xo Don Quixote, por solamente el alcahuete limpio no merecia el ir á bogar en las galeras, sino á mandallas, y á ser general dellas: porque no es asi comoquiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarisimo en la republica bien ordenada, y que no le debia exercer sino gente muy bien nacida; y aun habia de haber veedor y exâminador de los tales, como le hay de los demas oficios, con numero deputado y conocido, como corredores de lonja: y desta manera se escusarian muchos males, que se causan por andar este oficio y exercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mugercillas de poco mas á menos, pagecillos, y truhanes de pocos años y de muy poca esperiencia, que á la mas necesaria ocasion, y quando es menester dar una traza que importe, se les yelan las migas entre la boca y la mano, y no saben qual es su mano derecha (58): quisiera pasar adelante, y dar las razones por qué convenia hacer eleccion de los que en la republica habian de tener tan necesario oficio-

cio ; pero no es el lugar acomodado para ello , algun dia lo dire á quien lo pueda proveer y remediar : solo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas, y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero ; aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad , como algunos simples piensan , que es libre nuestro albedrio , y no hay yerba ni encanto que le fuerce : lo que suelen hacer algunas mugercillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas misturas y venenos con que vuelven locos á los hombres , dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien , siendo como digo cosa imposible forzar la voluntad. Asi es, dixo el buen viejo , y en verdad , señor, que en lo de hechicero que no tube culpa, en lo de alcahuete no lo pude negar ; pero nunca pense que hacia mal en ello, que toda mi intencion era que todo el mundo se holgase, y viviese en paz y quietud sin pendencias ni penas ; pero no me apro-

vechó nada este buen deseo para dexar de ir adonde no espèro volver, segun me cargan los años, y un mal de orina que llevo que no me dexa reposar un rato. Y aqui tornó á su llanto como de primero, y tubole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á quatro del seno, y se le dio de limosna. Pasó adelante Don Quixote, y preguntó á otro su delito: el qual respondio con no menos, sino con mucha mas, gallardia que el pasado: yo voy aqui porque me burle demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas que no lo eran mias: finalmente tanto me burle con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente, que no hay sumista que la declare: proboseme todo, faltó favor, no tube dineros, vime apique de perder los tragaderos, sentenciaronme á galeras por seis años, consenti, castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza: si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará

en el cielo , y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced , que sea tan larga y tan buena, como su buena presencia merece. Este iba en habito de estudiante , y dixo una de las guardas que era muy grande hablador, y muy gentil latino. Tras todos estos venia un hombre de muy buen parecer , de edad de treinta años , sino que al mirar metia el un ojo en el otro : un poco venia diferentemente atado que los demas , porque traia una cadena al pie tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo , y dos argollas á la garganta , la una en la cadena, y la otra de las que llaman guardaamigo , ó piedeamigo , de la qual decendian dos hierros que llegaban á la cintura , en los quales se asian dos esposas, donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado de manera, que ni con las manos podia llegar á la boca , ni podia baxar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó Don Quixote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los

otros. Respondiole la guarda: porque tenia aquel solo mas delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros del, sino que temian que se les habia de huir. Qué delitos puede tener, dixo Don Quixote, si no han merecido mas pena que echarle á las galeras? Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil: no se quiera saber mas sino que este buen hombre es el famoso Gines de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor comisario, dixo entonces el galeote, vayase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Gines me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voace dice, y cada uno se de una vuelta alaredonda, y no hara poco. Hable con menos tono, replicó el comisario, señor ladron de mas de la marca, si no quiere que le haga callar, mal que le pese. Bien parece, respondio el galeote, que va el hombre como

Dios es servido; pero algun dia sabra alguno si me llamo Cinesillo de Parapilla, ó no. Pues no te llaman asi, embustero? dixo la guarda. Sí llaman, respondio Gines; mas yo hare que no me lo llamen, ó me las pelaria donde yo digo entre mis dientes: señor caballero, si tiene algo que darnos, denoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas agenas; y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Gines de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dice verdad, dixo el comisario, que el mismo ha escrito su historia, que no hay mas que desear, y dexa empeñado el libro en la carcel en docientos reales. Y le pienso quitar (59), dixo Gines, si quedara en docientos ducados. Tan bueno es? dixo Don Quixote. Es tan bueno, respondio Gines, que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos quantos de aquel genero se han escrito, ó escribieren: lo que le se decir á voace es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no pueden haber mentiras que se le igualen.

Y cómo se intitula el libro? preguntó Don Quixote. *La Vida de Gines de Pasamonte*, respondio él mismo. Y está acabado? preguntó Don Quixote. Cómo puede estar acabado, respondio él, si aun no está acabada mi vida? lo què está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta ultima vez me han echado en galeras. Luego otra vez habeis estado en ellas? dixo Don Quixote. Para servir á Dios y al Rey otra vez he estado quatro años, y ya sé á qué sabe el bizcocho y el corbacho (60), respondio Gines, y no me pesa mucho de ir á ellas, porque alli tendre lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas qué decir, y en las galeras de España hay mas sosiego de aquel que seria menester; aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro. Habil pareces, dixo Don Quixote. Y desdichado, respondio Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen á los bellacos, dixo ei comisario. Ya le he dicho, señor comisario, respondio Pasamonte, que se va-

ya poco á poco, que aquellos señores no le dieron esa vara paraque maltratase á los pobretes que aqui vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su Magestad manda: sino por vida de.... Basta, que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta; y todo el mundo calle, y viva bien, y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte en respuesta de sus ameuazas; mas Don Quixote se puso enmedio, y le rogo que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos, tubiese algun tanto suelta la lengua; y volviendose á todos los de la cadena, dixo: de todo quanto me habeis dicho, hermanos carisimos, he sacado en limpio que, aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podria ser que el poco animo que aquel tubo en el tormento, la falta de

dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teniades: todo lo qual se me representa á mí ahora en la memoria de manera, que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la órden de Caballeria que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores; pero porque se que una de las partes de la prudencia es que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dexaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres: quanto mas, señores guardas, añadio Don Quixote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros, alla se lo haya cada

uno con su pecado; Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno; y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yendoles nada en ello: pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplis, algo que agradeceros; y quando de grado no lo hagais, esta lanza y esta espada con el valor de mi brazo haran que lo hagais por fuerza. Donosa majaderia, respondio el comisario: bueno está el donayre con que ha salido acabo de rato: los forzados del Rey quiere que le dexemos, como si tubieramos autoridad para soltarlos, ó él la tubiera para mandarnoslo: vayase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderecese ese bacin que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato. Vos sois el gato, y el rato, y el bellaco, respondio Don Quixote: y diciendo y haciendo arremetio con él tan presto que, sinque tubiese lugar de ponerse en defensa, dio con él en el suelo mal herido de una lanzada, y avinole bien, que este

era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atonitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre sí, pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pie á sus dardos, y arremetieron á Don Quixote, que con mucho sosiego los aguardaba: y sin duda lo pasara mal, si los galeotes, viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando rompér la cadena donde venian ensartados. Fue la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á Don Quixote que los acometia, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Gines de Pasamonte, que fue el primero que saltó en la campaña, libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caido, le quitó la espada y la escopeta, con la qual apuntando al uno, y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, asi de la escopeta de Pasamonte como de las muchas pedradas,

que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristeciose mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo, habian de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, la qual á campana herida saldria á buscar los delinquentes, y asi se lo dixo á su amo, y le rogo que luego de alli se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca. Bien está eso, dixo Don Quixote; pero yo se lo que ahora conviene que se haga; y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados y habian despojado al comisario hasta dexarle encueros, se le pusieron todos alaredonda para ver lo que les mandaba, y asi les dixo: de gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que mas á Dios ofende es la ingratitud: digolo, porque ya habeis visto, señores, con manifiesta esperiencia el que de mí habeis recebido, en pago del qual querria y es mi voluntad que cargados de esa cadena, que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino, y vais á la ciudad del Toboso, y alli os presen-

teis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digais que su Caballero el de la Triste Figura se le envia á encomendar, y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta ponerlos en la deseada libertad, y hecho esto os podreis ir donde quisieredes á la buena ventura (61). Respondio por todos Gines de Pasamonte, y dixo: lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos, y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarias y credos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podra cumplir de noche y de dia, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra;

pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo, á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del dia, y es pedir á nosotros eso, como pedir peras al olmo. Pues voto á tal, dixo Don Quixote (ya puesto en colera) don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, ó como os llamais, que habeis de ir vos solo rabo entre piernas con toda la cadena acuestas. Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que Don Quixote no era muy cuerdo, pues tal disparate habia cometido, como el de querer darles libertad) viendose tratar mal, y de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartandose aparte, comenzaron á llover tantas y tantas piedras sobre Don Quixote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacia mas caso de la espuela, que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovia. No se

pudo escudar tan bien Don Quixote, que no le acertasen no se quantos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo: y apenas hubo caido quando fue sobre el el estudiante, y le quitó la bacia de la cabeza, y diole con ella tres ó quatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos: quitaronle una ropilla que traia sobre las armas, y las mediascalzas le querian quitar, si las grevas no lo estorbaran. A Sancho le quitaron el gaban, y dexandole en pelota, repartiendo entre sí los demas despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte con mas cuidado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quixote: el jumento cabizbaxo y pensativo, sacudiendo de quando en quando las orejas, pensando que aun no habia cesado la borrasca de las piedras que le perseguian los oidos: Rocinante tendido junto á su amo, que tambien vino al

suelo de otra pedrada : Sancho en pelota y temeroso de la Santa Hermandad : Don Quixote mohinisimo de verse tan mal parado por los mismos á quien tanto bien habia hecho.



CAPITULO XXIII.

DE LO QUE LE ACONTECIO AL FAMOSO DON QUIXOTE EN SIERRA MORENA, QUE FUE UNA DE LAS MAS RARAS AVENTURAS QUE EN ESTA VERDADERA HISTORIA SE CUENTAN.

Viendose tan mal parado Don Quixote, dixo á su escudero: siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar: si yo hu-

biera creido lo que me dixiste, yo hubiera escusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aqui adelante. Asi escarmentará vuestra merced, respondio Sancho, como yo soy turco; pero pues dice que si me hubiera creido se hubiera escusado este daño, creame ahora, y se escusará otro mayor, porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de Caballerias, que no se le da á ella por quantos caballeros andantes hay dos maravedis: y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oidos. Naturalmente eres cobarde, Sancho, dixo Don Quixote; pero porque no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion, que jamas en vida ni en muerte has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos; que si otra cosa dixeres, mentirás en ello, y desde ahora para entonces, y desde en-

tonces para ahora te desmiento, y digo que mientes, y mentirás todas las veces que lo pensares, ó lo dixeres; y no me repliques mas, que en solo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme, y para aguardar aqui solo no solamente á la Santa Hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de los doce tribus de Israel, y á los siete mancebos (62), y á Castor y á Polux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. Señor, respondio Sancho, que el retirar no es huir, ni el esperar es cordura quando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia, y sepa que, aunque zafio y villano, todavia se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: asique no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede; ó si no yo le ayudare, y sigame, que el caletre me dice que hemos menester ahora mas

los pies que las manos. Subio Don Quixote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena que alli junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso, ó á Almodovar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas por no ser hallados, si la Hermandad los buscase: animole á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgó á milagro, segun fue lo que llevaron y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le parecio á Sancho pasar aquella noche, y aun otros algunos dias, alomenos todos aquellos que durase el matalotage que llevaba; y asi hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que, segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó que Gines de Pasamonte, el famoso embustero y

ladron, que de la cadena por virtud y locura de Don Quixote se habia escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razon temia, acordo de esconderse en aquellas montañas, y llevole su suerte y su miedo á la misma parte donde habia llevado á Don Quixote y á Sancho Panza, á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dexó dormir: y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que se debe (63), y el remedio presente venza á lo porvenir, Gines, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordo de hurtar el asno á Sancho Panza (64), no curandose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada, como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtole su jumento, y antes que amaneciese se halló bien lejos de poder ser hallado. Salio el aurora alegrando la tierra, y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló menos su Rucio: el qual viendose sin el, comenzo á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo, y fue de

manera que Don Quixote desperto á las voces, y oyo que en ellas decia: ó hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedis (65) que ganaba cada dia mediaba yo mi despensa! Don Quixote, que vio el llanto y supo la causa, consolo á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogo que tubiese paciencia, prometiendole de darle una cedula de cambio paraque le diesen tres en su casa de cinco que habia dexado en ella. Consolose Sancho con esto, y limpió sus lagrimas, templó sus sollozos, y agradecio á Don Quixote la merced que le hacia.

El qual como entró por aquellas montañas se le alegró el corazon, pareciendole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reduciansele á la memoria los marabillosos acaecimientos, que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes: iba

pensando en estas cosas, tan embebecido y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba, ni Sancho llevaba otro cuidado (despues que le parecio que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estomago con los relieves que del despojo clerical habian quedado, y asi iba tras su amo, cargado con todo aquello que habia de llevar el Rucio (66), sacando de un costal, y embaulando en su panza: y no se le diera por hallar otra aventura entretanto que iba de aquella manera un ardite. En esto alzó los ojos, y vio que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé qué bulto que estaba caido en el suelo, por lo qual se dio priesa á llegar á ayudarle, si fuese menester; y quando llegó fue á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un coxin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaba tanto, que fue necesario que Sancho se apease (67) á tomarlos, y mandole su amo que viese lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha presteza Sancho, y aun-

que la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vio lo que en ella habia, que eran quatro camisas de delgada olanda, y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro; y asi como los vio dixo: bendito sea todo el cielo que nos ha deparado una aventura que sea de provecho! y buscando mas, halló un librillo de memoria ricamente guarnecido. Este le pidio Don Quixote, y mandole que guardase el dinero, y lo tomase para el. Besole las manos Sancho por la merced, y desbalijando á la balija de su lenceria, la puso en el costal de la despensa. Todo lo qual visto por Don Quixote, dixo: pareceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa) que algun caminante descaminado debio de pasar por esta sierra, y salteandole malandrines, le debieron de matar, y le truxeron á enterrar en esta tan escondida parte. No puede ser eso, respondio Sancho, porque si fueran ladrones, no se dexaran aqui este

dinero. Verdad dices, dixo Don Quixote, y asi no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas esperate, veremos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos. Abriole, y lo primero que halló en él escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue un soneto, que leyendole alto, porque Sancho tambien lo oyese, vio que decia desta manera.

O le falta al amor conocimiento,
O le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasion, que me condena
Al genero mas duro de tormento:
Pero si amor es dios, es argumento
Que nada ignora; y es razon muy buena
Que un dios no sea cruel. Pues quién ordena
El terrible dolor que adoro y siento?
Si digo que sois vos, Fili, no acierto:
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruina.
Presto habre de morir, que es lo mas cierto:
Que al mal de quien la causa no se sabe
Milagro es acertar la medicina.

Por esa trova, dixo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahi se saque el ovillo de todo. Qué hilo está aqui? dixo Don Quixote. Pareceme, dixo Sancho, que vuestra merced nombró ahi hilo. No dixe sino Fili, respondio Don Quixote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto, y afe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte (68). Luego tambien, dixo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas? Y mas de lo que tú piensas, respondio Don Quixote, y veraslo quando lleves una carta escrita en verso de arriba abaxo á mi señora Dulcinea del Toboso: porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los mas caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes musicos, que estas dos habilidades, ó gracias por mejor decir, son anexas á los enamorados andantes: verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen mas de espiritu que de primor (69). Lea mas vuestra merced, dixo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvio la hoja Don Quixo-

te, y dixo: esto es prosa, y parece carta. Carta misiva, señor? preguntó Sancho. En el principio no parece sino de amores, respondio Don Quixote. Pues lea vuestra merced alto, dixo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me place, dixo Don Quixote, y leyendola alto, como Sancho se lo habia rogado, vio que decia desta manera.

„ Tu falsa promesa y mi cierta des„ ventura me llevan á parte, donde antes „ volveran á tus oidos las nuevas de mi „ muerte, que las razones de mis quejas. „ Desechasteme, ó ingrata! por quien tie„ ne mas, no por quien vale mas que yo; „ mas, si la virtud fuera riqueza que se „ estimara, no envidiara yo dichas age„ nas, ni llorara desdichas propias: lo que „ levantó tu hermosura han derribado tus „ obras: por ella entendi que eras angel, „ y por ellas conozco que eres muger. Que„ date en paz, causadora de mi guerra, y „ haga el cielo que los engaños de tu es„ poso esten siempre encubiertos, porque „ tú no quedes arrepentida de lo que hi-

„ ciste , y yo no tome venganza de lo que „ no deseo."

Acabando de leer la carta , dixo Don Quixote: menos por esta, que por los versos se puede sacar mas de que quien la escribio es algun desdeñado amante: y hojeando casi todo el librillo, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no; pero lo que todos contenian eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores , favores y desdenes , solenizados los unos, y llorados los otros. Entanto que Don Quixote pasaba el libro , pasaba Sancho la maleta , sin dexar rincon en toda ella ni en el coxin que no buscase , escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese , ni vedija de lana que no escarmenase , porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos que pasaban de ciento; y aunque no halló mas de lo hallado , dio por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebage, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero , la falta de las alfor-

jas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciendole que estaba mas que rebien pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debian de haber conducido á algun desesperado termino; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de mas que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna estraña aventura. Yendo pues con este pensamiento, vio que por cima de una montañuela, que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de

risco en risco y de mata en mata con estraña ligereza : figurosele que iba desnudo , la barba negra y espesa , los cabellos muchos y rebultados , los pies descalzos, y las piernas sin cosa alguna : los muslos cubrian unos calzones al parecer de terciopelo leonado , mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes: traia la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura ; y aunque lo procuró , no pudo seguille , porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pasicorto y flematico. Luego imaginó Don Quixote que aquel era el dueño del coxin y de la maleta , y propuso en sí de buscalle , aunque supiese andar un año por aquellas montañas , hasta hallarle : y asi mandó á Sancho que se apease del asno (70) , y atajase por la una parte de la montaña , que él iria por la otra , y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre , que con tanta priesa

se les habia quitado de delante. No podre hacer eso, respondio Sancho , porque , en apartandome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo que me asalta con mil generos de sobresaltos y visiones; y sirvale esto que digo de aviso paraque de aqui adelante no me aparte un dedo de su presencia. Asi sera , dixo el de la Triste Figura , y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi animo , el qual no te ha de faltar, aunque te falte el anima del cuerpo: y vente ahora tras mí poco á poco, ó como pudieres, y haz de los ojos linternas, rodearemos esta serrezuela , quiza toparémos con aquel hombre que vimos, el qual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondio : harto mejor seria no buscarle, porque, si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir ; y asi fuera mejor sin hacer esta inutil diligencia poseerlo yo con buena fe , hasta que por otra via menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor , y quiza fuera á tiempo que lo

hubiera gastado, y entonces el Rey me hacia franco. Engañaste en eso, Sancho, respondio Don Quixote, que ya que hemos caido en sospecha de quien es el dueño, casi delante (71), estamos obligados á buscarle y volverselos; y quando no le buscasemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: asique, Sancho amigo, no te dé pena el buscalle, por la que á mí se me quitará si le hallo: y asi picó á Rocinante, y siguiole Sancho á pie y cargado: merced á Ginesillo de Pasamonte. Y habiendo rodeado la montaña, hallaron en un arroyo caida, muerta y medio comida de perros, y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada: todo lo qual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huia era el dueño de la mula y del coxin.

Estandola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña parecio el cabrero que

las guardaba, que era un hombre anciano. Diole voces Don Quixote, y rogole que baxase donde estaban. El respondio á gritos que quien les habia traido por áquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado sino de pies de cabras, ó de lobos y otras fieras que por alli andaban. Respondiole Sancho que baxase, que de todo le darian buena cuenta. Baxó el cabrero, y en llegando adonde Don Quixote estaba, dixo: apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada, pues abuenafe que ha ya seis meses que está en ese lugar: diganme, han topado por ahi á su dueño? No hemos topado á nadie, respondio Don Quixote, sino á un coxin y á una maletilla, que no lejos deste lugar hallamos. Tambien la hallé yo, respondio el cabrero; mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algun desman y de que no me la pidiesen por de hurto, que es el diablo sotil, y debaxo de los pies se levanta allombre cosa donde tropiece, y caya sin saber como ni como no. Eso mismo es lo que yo digo, res-

pondio Sancho, que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: alli la dexe, y alli se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro. Decidme, buen hombre, dixo Don Quixote: sabeis vos quien sea el dueño destas prendas? Lo que sabre yo decir, dixo el cabrero, es que habra al pie de seis meses poco mas á menos que llegó á una majada de pastores, que estara como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa misma mula que está ahi muerta, y con el mismo coxin y maleta que decis que hallastes y no tocastes: preguntonos que qual parte desta sierra era la mas aspera y escondida: diximosle que era esta donde ahora estamos; y es asi á la verdad, porque si entrais media legua mas adentro, quiza no acertareis á salir, y estoy marabillado de como habeis podido llegar aqui, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine: digo pues que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvio las riendas, y encaminó acia el lugar donde

le señalamos, dexandonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le viamos caminar y volverse acia la sierra: y desde entonces nunca mas le vimos, hasta que desde alli á algunos dias salio al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada se allegó á él, y le dio muchas puñadas y coces, y luego se fue á la borrica del hato, y le quitó quanto pan y queso en ella traia, y con estraña ligereza, hecho esto, se volvio á entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le andubimos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, alcabo de los quales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque: salio á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol de tal suerte, que apenas le conocimos, sino que los vestidos aunque rotos, con la noticia que dellos teniamos, nos dieron á entender que era el que buscabamos: saludonos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dixo que

no nos marabillasemos de verle andar de aquella suerte, porque asi le convenia para cumplir cierta penitencia, que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogamosle que nos dixese quién era, mas nunca lo pudimos acabar con él: pedimosle tambien que quando hubiese menester el sustento, sin el qual no podia pasar, nos dixese dónde le hallariamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevariamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que alomenos saliese á pedirlo, y no á quitarlo á los pastores. Agradecio nuestro ofrecimiento, pidio perdon de los asaltos pasados, y ofrecio de pedillo de alli adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna á nadie. Enquanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dixo que no tenia otra, que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche; y acabó su platica con un tan tierno llanto, que bien fueramos de piedra los que escuchadole habiamos, si en el no le acompañaramos, considerandole cómo le habiamos visto la vez primera, y quál le veiamos

entonces, porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona, que puesto que eramos rusticos los que le escuchabamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la misma rusticidad: y estando en lo mejor de su platica, paró y enmudeciose, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el qual todos estubimos quedos y suspensos, esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento, con no poca lastima de verlo, porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fixo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, facilmente conocimos que algun accidente de locura le habia sobrevenido: mas el nos dio á entender presto ser verdad lo que pensabamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetio con el primero que halló junto á sí con tal denuedo y rabia, que si no se le quitaramos, le ma-

tara á puñadas y á bocados, y todo esto hacia, diciendo: ah fementido Fernando! aqui, aqui me pagarás la sinrazon que me hiciste: estas manos te sacarán el corazon, donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño. Y á estas añadia otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitamossele pues con no poca pesadumbre, y él sin decir mas palabra se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos xarales y malezas de modo, que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturamos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debia de haber hecho alguna mala obra tan pesada, quanto lo mostraba el termino á que le habia conducido: todo lo qual se ha confirmado despues aca con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitarselo por fuerza, porque quan-

do está con el acidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas; y quando está en su seso, lo pide por amor de Dios cortes y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lagrimas. Y en verdad os digo, señores, prosiguio el cabrero, que ayer determinamos yo y quatro zagales, los dos criados y los dos amigos mios, de buscarle hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerza, ya por grado le hemos de llevar á la villa de Almodovar, que está de aqui ocho leguas, y alli le curarémos, si es que su mal tiene cura, ó sabremos quien es, quando esté en su seso, y si tiene parientes, á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabre deciros de lo que me habeis preguntado, y entended que el dueño de las prendas que hallastes es el mismo que vistes pasar con tanta ligereza, como desnudez, que ya le habia dicho Don Quixote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra. El qual quedó

admirado de lo que al cabrero habia oido, y quedó con mas deseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que ya tenia pensado, de buscalle por toda la montaña, sin dexar rincon ni cueva en ella que no mirase hasta hallarle. Pero hizolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante parecio por entre una quebrada de una sierra, que salia donde ellos estaban, el mancebo que buscaba, el qual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lejos. Su trage era qual se ha pintado, solo que llegando cerca, vio Don Quixote que un coleto hecho pedazos que sobre sí traia, era de ambar, por donde acabó de entender que persona que tales habitos traia, no debia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo á ellos los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesia. Don Quixote le volvio las saludes con no menos comedimiento, y apeandose de Rocinante, con gentil continente y donayre le fue á abrazar, y

le tubo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar: *El Roto de la Mala Figura*, como á Don Quixote: *El de la Triste*, despues de haberse dexado abrazar, le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de Don Quixote, le estubo mirando como que queria ver si le conocia, no menos admirado quiza de ver la figura, talle y armas de Don Quixote, que Don Quixote lo estaba de verle á él: en resolucion el primero que habló despues del abrazamiento fue el Roto, y dixo lo que se dira adelante.

CAPITULO XXIV.

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA DE LA SIERRA MORENA.

Dice la historia que era grandisima la atencion con que Don Quixote escuchaba al astroso caballero de la Sierra, el qual prosiguiendo su platica dixo: por cierto,

señor, quienquiera que seais (que yo no os conozco) yo os agradezco las muestras y la cortesia que conmigo habeis usado, y quisiera yo hallarme en terminos, que con mas que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondio Don Quixote, son de serviros tanto, que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor, que en la estrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podia hallar algun genero de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible; y quando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo genero de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera, que todavia es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas; y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun genero

de cortesia , yo os suplico, señor , por la mucha que veo que en vos se encierra , y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas habeis amado, ó amais, que me digais quien sois, y la causa que os ha traido á vivir y á morir entre estas soledades como bruto animal , pues morais entre ellos tan ageno de vos mismo , qual lo muestra vuestro trage y persona: y juro , añadio Don Quixote, por la orden de Caballeria que recebi , aunque indigno y pecador , y por la profesion de caballero andante , que si en esto , señor , me complaceis , de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudandoos á llorarla, como os lo he prometido. El caballero del Bosque , que de tal manera oyo hablar al de la Triste Figura , no hacia sino mirarle , y remirarle, y tornarle á mirar de arriba abaxo, y despues que le hubo bien mirado le dixo : si tienen algo que darme á comer , por amor de Dios que me lo den , que despues de haber comido yo hare todo lo que se me

manda en agradecimiento de tan buenos deseos, como aqui se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurron con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron, como persona atontada, tan apriesa que no daba espacio de un bocado al otro, pues antes los engullia que tragaba, y entanto que comia, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo, que á la vuelta de una peña poco desviada de alli estaba. En llegando á él, se tendio en el suelo encima de la yerba, y los demas hicieron lo mismo, y todo esto sinque ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dixo: si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa no interrompereis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagais, en ese se quedará lo que fuere con-

tando. Estas razones del Roto truxeron á la memoria á Don Quixote el cuento que le habia contado su escudero, quando no acerto el numero de las cabras que habian pasado el rio, y se quedó la historia pendiente. Pero volviendo al Roto, prosiguio diciendo: esta prevencion que hago es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa, que añadir otras denuevo, y mientras menos me preguntaredes, mas presto acabaré yo de decillas, puesto que no dexaré por contar cosa alguna que sea de importancia para satisfacer del todo á vuestro deseo. Don Quixote se lo prometio en nombre de los demas, y el con este seguro comenzo desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andalucia, mi linage noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliviar con su riqueza: que para remediar desdichas del cielo poco suelen

valer los bienes de fortuna. Vivia en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo; pero de mas ventura, y de menos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debia: á esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen animo que su poca edad permitia: sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veian que, quando pasaran adelante, no podian tener otro fin que el de casarnos: cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linage y riquezas. Crecio la edad, y con ella el amor de entrambos: que al padre de Luscinda le parecio que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas; y fue esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo, porque aunque pusieron silencio á las lenguas, no le

pudieron poner á las plumas, las quales con mas libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado, que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. Ay cielos, y quantos billetes la escribi! quan regaladas y honestas respuestas tube! quantas canciones compuse, y quantos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias, y recreaba su voluntad! Enefeto, viendome apurado, y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me parecio que mas convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fue el pedirsela á su padre por legitima esposa, como lo hice: á lo que el me respondio que me agradecia la voluntad, que mostraba de honrarle y de querer honrarme con prendas suyas; pero que siendo mi padre vivo, á el tocaba de justo derecho hacer aque-

lla demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda para tomarse ni darse á hurto: yo le agradeci su buen intento, pareciendome que llevaba razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello como yo se lo dixese; y con este intento luego en aquel mismo instante fui á decirle á mi padre lo que deseaba, y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la qual antes que yo le dixese palabra me la dio, y me dixo: por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un Grande de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andalucia. Tomé, y leí la carta, la qual venia tan encarecida, que á mí mismo me parecio mal, si mi padre dexaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era que me enviase luego donde el estaba, que queria que fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el poner-

me en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Lei la carta, y enmudeci leyendola, y mas quando oi que mi padre me decia: de aqui á dos dias te partiras, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque, y da gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces: añadio á estas otras razones de padre consejero. Llegose el termino de mi partida, hablé una noche á Luscinda, dixele todo lo que pasaba, y lo mismo hice á su padre, suplicandole se entretubiese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me queria: el me lo prometio, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine enfin donde el duque Ricardo estaba, fui del tan bien recebido y tratado, que desde luego comenzo la envidia á hacer su oficio, teniendomela los criados antiguos, pareciendoles que las muestras que el Duque daba de hacerme merced habian de ser en perjuicio suyo; pero el que mas se holgó con mi ida fue un hijo segundo del Duque, llamado Fernan-

do , mozo gallardo , gentil hombre , liberal y enamorado , el qual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo , que daba qué decir á todos; y aunque el mayor me queria bien y me hacia merced , no llegó al estremo con que Don Fernando me queria y trataba. Es pues el caso que, como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique , y la privanza que yo tenia con Don Fernando dexaba de serlo por ser amistad , todos sus pensamientos me declaraba , especialmente uno enamorado que le traia con un poco de desasosiego : queria bien á una labradora vasalla de su padre , y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en qual destas cosas tubiese mas escelencia , ni mas se aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora reduxeron á tal termino los deseos de Don Fernando , que se determinó para poder alcanzarlo y conquistar la entereza de la labradora , darle palabra de ser su esposo , porque de otra manera era

procurar lo imposible. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos exemplos que pude, procure estorbarle y apartarle de tal proposito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al duque Ricardo su padre: mas Don Fernando como astuto y discreto se receló y temio desto, por parecerle que estaba yo obligado en vez de buen criado á no tener encubierta cosa, que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venia; y asi por divertirme y engañarme me dixo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses, y que queria que el ausencia fuese que los dos nos viniesemos en casa de mi padre, con ocasion que darian al Duque que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oi yo decir esto, quando movido de mi aficion, aunque su determinacion no fuera tan buena, la apro-

bara yo por una de las mas acertadas que se podian imaginar , por ver quan buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda : con este pensamiento y deseo aprobe su parecer y esforce su proposito , diciendole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque enefeto la ausencia hacia su oficio apesar de los mas firmes pensamientos; y quando él me vino á decir esto, segun despues se supo, habia gozado á la labradora con titulo de esposo , y esperaba ocasion de descubrirse á su salvo , temeroso de lo que el Duque su padre haria quando supiese su disparate. Sucedio pues que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el qual como tiene por ultimo fin el deleyte, en llegando á alcanzarle se acaba , y ha de volver atras aquello que parecia amor , porque no puede pasar adelante del termino que le puso naturaleza , el qual termino no le puso á lo que es verdadero amor: quiero decir, que asi como Don Fernando gozó á la labradora , se le aplacaron sus

deseos, y se resfriaron sus ahincos; y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora deveras procuraba irse por no ponerlos en execucion. Diole el Duque licencia, y mandome que le acompañase: venimos á mi ciudad, recibiole mi padre como quien era, vi yo luego á Luscinda, tornaron á vivir (aunque no habian estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los quales di cuenta por mi mal á Don Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debia encubrir nada: alabele la hermosura, donayre y discrecion de Luscinda de tal manera, que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada: cumpliselos yo por mi corta suerte, enseñandosela una noche á la luz de una vela por una ventana por donde los dos soliamos hablarnos: viola en sayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas, las puso en olvido: enmudecio, perdio el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, qual lo vereis en el discurso

del cuento de mi desventura ; y para encenderle mas el deseo (que á mí me zelaba, y al cielo á solas descubria) quiso la fortuna que hallase un dia un billete suyo, pidiendome que la pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyendolo me dixo que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento, que en las demas mugeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad que quiero confesar ahora que puesto que yo veia con quan justas causas Don Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oir aquellas alabanzas de su boca, y comence á temer, y con razon á recelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratasemos de Luscinda, y él movia la platica, aunque la truxese por los cabellos: cosa que despertaba en mí un nosequé de zelos, no porque yo temiese reves alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo eso me hacia temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre Don Fernando

leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondia, á titulo que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaecio pues que habiendome pedido Luscinda un libro de Caballerias en qué leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadís de Gaula.... No hubo bien oido Don Quixote nombrar libro de Caballerias, quando dixo: con que me dixera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de Caballerias, no fuera menester otra exágeracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tubiera tan bueno, como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda; asique para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con solo haber entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa y mas discreta muger del mundo; y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera en-

viado junto con Amadís de Gaula al bueno de Don Rugel de Grecia, que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Darayda y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucolicas, cantadas y representadas por el con todo donayre, discrecion y desenvoltura; pero tiempo podra venir en que se enmiende esa falta, y no dure mas en hacerse la enmienda de quanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que alli le podre dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores: y perdoneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos de no interromper su platica, pues en oyendo cosas de Caballerias y de caballeros andantes, asi es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dexar de calentar, ni humede-

cer en los de la luna ; asique , perdon y proseguir , que es lo que ahora hace mas al caso.

Entanto que Don Quixote estaba diciendo lo que queda dicho , se le habia caido á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo , y puesto que dos veces le dixo Don Quixote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza, ni respondia palabra; pero alcabo de un buen espacio la levantó , y dixo : no se me puede quitar del pensamiento , ni habra quien me lo quite en el mundo , ni quien me dé á entender otra cosa , y seria un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese , sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reyna Madasima. Eso no , voto á tal , respondio con mucha colera Don Quixote (y arrojole, como tenia de costumbre) y esa es una muy gran malicia, ó bellaqueria por mejor decir: la reyna Madasima fue muy principal señora , y no se ha de presumir que tan alta Princesa se habia de amancebar con un

sacapotras, y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lo dare á entender á pie ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de dia, ó como mas gusto le diere. Estabale mirando Cardenio muy atentamente, al qual ya habia venido el acidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco Don Quixote se la oyera segun le habia disgustado lo que de Madasima le habia oido. Estraño caso! que asi volvio por ella, como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues que como ya Cardenio estaba loco, y se oyo tratar de mentís, y de bellaco con otros denuestos semejantes, pareciole mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dio con el en los pechos tal golpe á Don Quixote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vio parar á su señor, arremetio al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibio de tal suerte, que con una puñada dio con él á sus pies, y luego se subio sobre él, y

le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrio el mismo peligro; y despues que los tubo á todos rendidos y molidos, los dexó y se fue con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantose Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudio á tomar la venganza del cabrero, diciendole que él tenia la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura, que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondio el cabrero que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fue el fin de las replicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si Don Quixote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos. Decia Sancho, asido con el cabrero: dexeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura, que en este, que es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agra-

vio que me ha hecho, peleando con él mano á mano, como hombre honrado. Asi es, dixo Don Quixote; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y Don Quixote volvio á preguntar al cabrero si seria posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandisimo deseo de saber el fin de su historia. Dixole el cabrero lo que primero habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que, si andubiese mucho por aquellos contornos, no dexaria de hallarle ó cuerdo, ó loco.

CAPITULO XXV.

QUE TRATA DE LAS ESTRAÑAS COSAS QUE EN SIERRA MORENA SUCEDIERON AL VALIENTE CABALLERO DE LA MANCHA, Y DE LA IMITACION QUE HIZO A LA PENITENCIA DE BELTENEBROS.

Despidiose del cabrero Don Quixote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el qual lo hi-

zo con su jumento (72) de muy mala gana. Ibanse poco á poco entrando en lo mas aspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la platica por no contravenir á lo que le tenia mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dixo: señor Don Quixote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dé licencia, que desde aqui me quiero volver á mi casa, y á mi muger, y á mis hijos, con los quales por lo menos hablaré y departire todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable quando me diere gusto, es enterrarme en vida: si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrilla-

zos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondio Don Quixote: tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado y di lo que quisieres, con condicion que no ha de durar este alzamiento mas de en quanto andubieremos por estas sierras. Sea asi, dixo Sancho, hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que sera: y comenzando á gozar de ese salvoconduto, digo que qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reyna Magimasa, ó como se llama? ¿ó qué hacia al caso que aquel Abad fuese su amigo, ó no? que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro, y las coces, y aun mas de seis torniscones. Afe, Sancho, respondio Don Quixote, que si tú supieras, como yo lo sé, quan honrada y quan principal señora era la reyna Madasima, yo

sé que dixeras que tube mucha paciencia, pues no quebre la boca por donde tales blasfemias salieron ; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una Reyna esté amancebada con un cirujano: la verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat , que el loco dixo, fue un hombre muy prudente y de muy sanos consejos , y sirvio de ayo y de medico á la Reyna; pero pensar que ella era su amiga es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dixo, has de advertir que quando lo dixo ya estaba sin juicio. Eso digo yo , dixo Sancho , que no habia para que hacer cuenta de las palabras de un loco, porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced , y encaminara el guijarro á la cabeza como le encaminó al pecho , buenos quedaramos por haber vuelto por aquella mi señora , que Dios cohonda (73) : pues montas , que no se librara Cardenio por loco! Contra cuerdos y contra locos está obligado qualquier caballero andante á volver por la honra de las mugeres qualesquiera que sean , quan-

to mas por las Reynas de tan alta guisa y pro como fue la reyna Madasima, á quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes, porque fuera de haber sido fermosa ademas, fue muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tubo muchas, y los consejos y compañia del maestro Elisabat le fue y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia, y de aqui tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten digo otra vez, y mentiran otras docientas, todos los que tal pensaren y dixeren. Ni yo lo digo ni lo pienso, respondio Sancho; alla se lo hayan, con su pan se lo coman; si fueron amancebados ó no, á Dios habran dado la cuenta; de mis viñas vengo, no sé nada; no soy amigo de saber vidas agenas; que el que compra y miente en su bolsa lo siente; quanto mas, que desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; mas que lo fuesen, qué me va á mí? y muchos piensan que hay tocinos, y no hay

estacas ; mas quien puede poner puertas al campo? quanto mas que de Dios dixeron. Valame Dios, dixo Don Quixote, y qué de necedades vas, Sancho, ensartando! que va de lo que tratamos á los refranes que enhilas? por tu vida, Sancho, que calles, y de aqui adelante entremetete en espolear á tu asno, y dexa de hacello en lo que no te importa : y entiende con todos tus cinco sentidos que todo quanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de Caballeria, que las sé mejor que quantos caballeros las profesaron en el mundo. Señor, respondio Sancho : ¿y es buena regla de Caballeria que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando á un loco, el qual despues de hallado quiza le vendra en voluntad de acabar lo que dexó comenzado; no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabandonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dixo Don Quixote, porque te hago saber que no solo me trae

por estas partes el deseo de hallar al loco, quanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña, con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra: y sera tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero. Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza. No, respondio el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podia acorrer el dado, que echasemos azar en lugar de encuentro: pero todo ha de estar en tu diligencia. En mi diligencia? dixo Sancho. Sí, dixo Don Quixote, porque, si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria; y porque no es bien que te tenga mas suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sãncho, que sepas que el famoso Amadís de Gaula fue uno de los mas perfetos caballeros andantes: no he dicho bien fue uno, fue el solo, el primero, el unico, el señor de todos quantos hubo en su tiempo en el mundo: mal año y

mal mes para Don Belianís, y para todos aquellos que dixeren que se le igualó en algo, porque se engañan, juro cierto. Digo asimismo que quando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas unicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los mas oficios ó exercicios de cuenta, que sirven para adorno de las republicas; y asi lo ha de hacer, y hace, el que quisiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostro Virgilio en persona de Eneas el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido capitan, no pintandolos, ni descubriendolos (74), como ellos fueron, sino como habian de ser, para dar exemplo á los venideros hombres de sus virtudes: desta misma suerte Amadís fue el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debaxo de la ban-

dera de amor y de la Caballeria militamos. Siendo pues esto asi, como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que mas le imitare, estara mas cerca de alcanzar la perfecion de la Caballeria; y una de las cosas en que mas este caballero mostro su prudencia, valor, valentia, sufrimiento, firmeza y amor, fue quando se retiró desdeñado de la señora Oriana á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros, nombre por cierto significativo y propio para la vida que el de su voluntad habia escogido: asique me es á mí mas facil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar exercitos, fracasar armadas, y deshacer encantamentos; y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efetos, no hay para que se dexe pasar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. Enefêto, dixo Sancho, que es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar? ¿Ya no te he dicho, respondio Don

Quixote, que quiero imitar á Amadís, haciendo aqui del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente Don Roldan, quando halló en una fuente las señales de que Angelica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvio loco, y arrancó los arboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias, dignas de eterno nombre y escritura? y puesto que yo no pienso imitar á Roldan, ó Orlando, ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dixo y penso, hare el bosquexo como mejor pudiere en las que me pareciere ser mas esenciales, y podra ser que viniese á contentarme con sola la imitacion de Amadís, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas. Pareceme á mí, dixo Sancho, que los caballeros que lo tal ficieron, fueron provocados y tubieron cau-

sa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced qué causa tiene para volverse loco? qué dama le ha desdeñado? ó qué señales ha hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro, ó cristiano? Ahi está el punto, respondio Don Quixote, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias; el toque está desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado: quanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oiste decir á aquel pastor de marras Ambrosio: quien está ausente todos los males tiene y teme; asique, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que dexe tan rara, tan felice y tan no vista imitacion: loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta, que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea: y si fuere tal qual á

mi fe se le debe , acabarse ha mi sandez y mi penitencia ; y si fuere al contrario, sere loco deveras , y siendolo no sentire nada : asique de qualquiera manera que responda , saldre del conflito y trabajo en que me dexares , gozando el bien que me truxeres , por cuerdo ; ó no sintiendo el mal que me aportares, por loco ; pero dime , Sancho , traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya vi que le alzaste del suelo quando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos , pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple. A lo qual respondio Sancho: vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice , y que por ellas vengo á imaginar que todo quanto me dice de Caballerias, y de alcanzar reynos é imperios , de dar insulas, y de hacer otras mercedes y grandezas , como es uso de caballeros andantes , que todo debe de ser cosa de viento y mentira , y todo pastraña ó patraña , ó como lo llamaremos ; porque quien oyere

decir á vuestra merced que una bacia de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de quatro dias, que ha de pensar sino que quien tal dice y afirma debe de tener güero el juicio? la bacia yo la llevo en el costal toda abollada, y llevola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia, que algun dia me vea con mi muger y hijos. Mira, Sancho; por el mismo que denantes juraste te juro, dixo Don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene ni tubo escudero en el mundo: qué? ¿es posible que en quanto ha que andas conmigo no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen chimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas alreves? y no porque sea ello asi, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y asi eso que á ti te parece bacia de barbero,

me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecera otra cosa. Y fue rara providencia del sabio, que es de mi parte, hacer que parezca bacia á todos lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo el de tanta estima, todo el mundo me perseguiria por quitarmele; pero como ven que no es mas de un bacin de barbero, no se curan de procuralle, como se mostro bien en el que quiso rompelle, y le dexó en el suelo sin llevarle, que afe que si le conociera, que nunca él le dexara: guardale, amigo, que por ahora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas y quedar desnudo como quando naci, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldan que á Amadís.

Llegaron en estas platicas al pie de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban: corria por su falda un manso arroyuelo, y haciase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban: habia

por alli muchos arboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacian el lugar apacible. Este sitio escogio el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y asi en viendole, comenzo á decir en voz alta, como si estubiera sin juicio: este es el lugar, ó cielos, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habeis puesto: este es el sitio, donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán á la continua las hojas destos montaraces arboles en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazon padece. O vosotros, quienquiera que seais, rusticos dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada! oid las quejas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia y unos imaginados zelos han traido á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, termino y fin de toda humana hermosura. O vosotras Napeas y Driadas, que teneis por costum-

bre de habitar en las espesuras de los montes! asi los ligeros y lascivos satiros, de quien sois aunque envano amadas, no perturben jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudeis á lamentar mi desventura, ó alomenos no os canseis de oilla (75). O Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura! asi el cielo te la dé buena en quanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen termino correspondas al que á mi fe se le debe. O solitarios arboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañia á mi soledad! dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas que no os desagrada mi presencia. O tú, escudero mio, agradable compañero en mis prosperos y adversos sucesos! toma bien en la memoria lo que aqui me verás hacer, paraque lo cuentes y recites á la causa total de todo ello. Y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dandole una palmada en

las ancas, le dixo: libertad te da el que sin ella queda, ó caballo tan estremado por tus obras, quan desdichado por tu suerte! vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho, dixo: bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al Rucio, que afe que no faltaran palmadicas que dalle, ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aqui estubiera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no habia para qué, que á él no le tocaban las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo, quando Dios queria. Y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va deveras, que sera bien tornar á ensillar á Rocinante paraque supla la falta del Rucio, porque sera ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pie, no sé quando llegaré ni quando volvere, porque en

resolucion soy mal caminante. Digo, Sancho, respondio Don Quixote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo que de aqui á tres dias te partiras, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, paraque se lo digas. Pues qué mas tengo de ver, dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondio Don Quixote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire vuestra merced como se da esas calabazadas, que á tal peña podra llegar y en tal punto, que con la primera se acabase la maquina desta penitencia; y seria yo de parecer que ya que á vuestra merced le parece que son aqui necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con darselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodon, y de-

xeme á mí el cargo, que yo dire á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondio Don Quixote; mas quierote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago, no son deburlas, sino muy deveras, porqüe de otra manera seria contravenir á las ordenes de Caballeria, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer una cosa por otra lo mismo es que mentir: asique mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sinque lleven nada del sofistico ni del fantastico; y sera necesario que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el balsamo que perdimos. Mas fue perder el asno, respondio Sancho, pues se perdieron en él las hilas y todo; y ruegole á vuestra merced que no se acuerde mas de aquel maldito brebage, que en solo oirle mentar se me revuelve el alma, quanto y mas el estomago; y mas le ruego, que haga cuenta que

son ya pasados los tres dias que me ha dado de termino para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y dire marabillas á mi señora; y escriba la carta, y despacheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dexo. Purgatorio le llamas, Sancho? dixo Don Quixote; mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondio Sancho, *nulla es retentio*, segun he oido decir. No entiendo qué quiere decir *retentio*, dixo Don Quixote. *Retentio* es, respondio Sancho, que quien está en el infierno nunca sale del ni puede, lo qual sera alreves en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante; y pongame yo una por una en el Toboso y delante de mi señora Dulcinea, que yo le dire tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un

guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque, con cuya respuesta dulce y melificada volvere por los ayres como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno y no lo es, pues hay esperanza de salir del, la qual como tengo dicho no la tienen de salir los que estan en el infierno, ni creo que vuestra merced dira otra cosa. Asi es la verdad, dixo el de la Triste Figura: pero qué haremos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca tambien, añadio Sancho. Todo irá inserto, dixo Don Quixote, y seria bueno, ya que no hay papel, que la escribiesemos como hacian los antiguos en hojas de arboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso sera hallarse eso ahora, como el papel: mas ya me ha venido á la memoria dónde sera bien, y aun mas que bien, escribilla, que es en el librillo de memoria que fue de Cardenio, y tú tendras cuidado de hacerla trasladar en papel de buena letra en el primer Lugar que hallares, donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no, qualquie-

ra sacristan te la trasladará : y no se la des á trasladar á ningun escribano, que hacen letra procesada, que no la entendera satanas. Pues qué se ha de hacer de la firma? dixo Sancho. Nunca las cartas de Amadís se firmaron, respondio Dón Quixote. Está bien, respondio Sancho; pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa, si se traslada, diran que la firma es falsa, y quedareme sin pollinos. La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viendola mi Sobrina no pondra dificultad en cumplilla; y en lo que toca á la carta de amores, pondras por firma: *Vuestro hasta la muerte El Caballero de la Triste Figura*; y hara poco al caso que vaya de mano agena, porque á lo que yo me sé acordar Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia, ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platonicos, sin estenderse á mas que á un honesto mirar, y aun esto tan de quando en quando, que osare jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero mas que á la lum-

bre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto quatro veces, y aun podra ser que destas quatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba : tal es el recato y encerramiento con que sus padres, Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales, la han criado. Ta, ta, dixo Sancho : que? ¿la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dixo Don Quixote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dixo Sancho, y sé decir que tira tan bien una barra, como el mas forzudo zagal de todo el pueblo: vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á qualquier caballero andante, ó por andar, que la tubiere por señora: ó hideputa, qué rejo que tiene, y qué voz! sé decir que se puso un dia encima del campanario del aldea á llamar unos zagales suyos, que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de alli mas de media legua, asi la

oyeron, como si estubieran al pie de la torre; y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donayre. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo titulo puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habra que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo: y querria ya verme en camino, solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo al sol y al ayre. Y confieso á vuestra merced una verdad, señor Don Quixote, que hasta aqui he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debia de ser alguna Princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, asi el del Vizcaino como el de

los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado, y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero. Pero bien considerado, qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos, que vuestra merced envia y ha de enviar? porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen, estubiese ella rastrillando lino, ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riyese y enfadase del presente. Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, dixo Don Quixote, que eres muy grande hablador, y que, aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas paraque veas quán necio eres tú, y quán discreto soy yo, quiero que me oygas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobretodo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rollizo y de buen tomo: alcanzolo á saber su mayor (76),

y un dia dixo á la buena viuda, por via de fraternal reprehension: marabillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una muger tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan baxo y tan idiota como fulano (77), habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados, y tantos teologos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir: este quiero, aqueste no quiero. Mas ella le respondio con mucho donayre y desenvoltura: vuestra merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero tanta filosofia sabe y mas que Aristoteles: asique, Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta Princesa de la tierra. Sí, que no todos los poetas, que alaban damas debaxo de un nombre que ellos á su albedrio les ponen, es verdad que las tienen: ¿piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Sil-

vias, las Dianas, las Galateas, y otras tales, de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias estan llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? no por cierto, sino que las mas se las fingen (78) por dar sugeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo: y asi bastame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y en lo del linage importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun habito, y yo me hago cuenta que es la mas alta Princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan: y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es asi, sinque sobre ni falte

nada, y pintola en mi imaginacion como la deseo, asi en la belleza como en la principalidad; y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni ótra alguna de las famosas mugeres de las edades preteritas, griega, barbara, ó latina: y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no sere castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondio Sancho, y que soy un asno: mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado; pero venga la carta, y á Dios, que me mudo. Sacó el libro de memoria Don Quixote, y apartandose á una parte, con mucho sosiego comenzo á escribir la carta, y en acabandola llamó á Sancho, y le dixo que se la queria leer, porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo qual respondio Sancho: escribala vuestra merced dos ó tres veces ahi en el libro, y demele, que yo le llevare bien guardado; porque pen-

sar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida como me llamo; pero con todo eso digamela, que me holgaré mucho de oilla, que debe de ir como de molde. Escucha, que asi dice, dixo Don Quixote.

CARTA DE DON QUIXOTE A DULCINEA DEL TOBOSO.

SOBERANA Y ALTA SEÑORA.

„ El ferido de punta de ausencia, y el
„ llagado de las telas del corazon, dulcisi-
„ ma Dulcinea del Toboso, te envia la sa-
„ lud que él no tiene. Si tu fermosura me
„ desprecia, si tu valor no es en mi pro,
„ si tus desdenes son en mi afincamiento,
„ magüer que yo sea asàz de sufrido, mal
„ podre sostenerme en esta cuita, que ade-
„ mas de ser fuerte, es muy duradera. Mi
„ buen escudero Sancho te dara entera re-
„ lacion, ó bella ingrata, amada enemiga
„ mia, del modo que por tu causa quedo:

„ si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si „ no, haz lo que te viniere en gusto, que „ con acabar mi vida habre satisfecho á „ tu crueldad y á mi deseo.

TUYO HASTA LA MUERTE

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA."

Por vida de mi padre, dixo Sancho, en oyendo la carta, que es la mas alta cosa, que jamas he oido: pesia á mí, y como que le dice vuestra merced ahi todo quanto quiere, y qué bien que encaxa en la firma: *El Caballero de la Triste Figura*! digo de verdad que es vuestra merced el mismo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondio Don Quixote, para el oficio que yo traigo. Ea pues, dixo Sancho, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cedula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad, porque la conozcan en viendola. Que me place, dixo Don Quixote; y habiendola escrito, se la leyo, que decia asi.

„Mandará vuestra merced por esta pri„ mera de pollinos, señora Sobrina, dar á „ Sancho Panza mi escudero tres de los „ cinco que dexé en casa, y están á cargo „ de vuestra merced: los quales tres polli„ nos se los mando librar y pagar por otros „ tantos aqui recibidos decontado, que con „ está, y con su carta de pago seran bien „ dados. Fecha en las entrañas de Sierra „ Morena á veinte y siete de Agosto deste „ presente año."

Buena está, dixo Sancho, firmela vuestra merced. No es menester firmarla, dixo Don Quixote, sino solamente poner mi rubrica, que es lo mismo que firma, y para tres asnos, y aun para trecientos, fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced, respondio Sancho: dexeme, ire á ensillar á Rocinante, y aparejese á echarme su bendicion, que luego pienso partirme sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo dire que le vi hacer tantas, que no quiera mas. Porlomenos quiero, Sancho, y porque es menester asi, quiero, y digo que me veas encueros, y

hacer una ó dos docenas de locuras, que las hare en menos de media hora, porque habiendolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demas que quisieres añadir, y asegurote que no diras tú tantas, quantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo encueros á vuestra merced, que me dara mucha lastima, y no podre dexar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el Rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros; y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hagalas vestido, breves y las que le vinieren mas á cuento; quanto mas, que para mí no era menester nada deso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece: y si no, aparejese la señora Dulcinea, que si no responde como es razon, voto hago solene á quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estomago á coces y á bofetones; porque dónde se ha de sufrir que un caballero an-

dante, tan famoso como vuestra merced, se vuelva loco, sin que ni para que, por una?... no me lo haga decir la señora; porque por Dios que despotrique y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda: bonico soy yo para eso, mal me conoce, pues afe que si me conociese que me ayunase. Afe Sancho, dixo Don Quixote, que á lo que parece que no estás tú mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondio Sancho, mas estoy mas colerico; pero dexando esto aparte, qué es lo que ha de comer vuestra merced entanto que yo vuelvo? ha de salir al camino como Cardenio á quitarselo á los pastores? No te dé pena ese cuidado, respondio Don Quixote, porque aunque tubiera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos, que este prado y estos arboles me dieren: que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas. A esto dixo Sancho: sabe vuestra merced que temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dexo, segun está escondido. Toma bien las señas, que yo procuraré no

apartarme destos contornos, dixo Don Quixote, y aun tendre cuidado de subirme por estos mas altos riscos por ver si te descubro quando vuelvas ; quanto mas , que lo mas acertado sera , paraque no me yerres y te pierdas , que cortes algunas retamas de las muchas que por aqui hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las quales te serviran de mojones y señales paraque me halles quando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de Teseo (79). Asi lo hare , respondio Sancho Panza , y cortando algunas , pidio la bendicion á su señor , y no sin muchas lagrimas de entrambos se despidio dél : y subiendo sobre Rocinante (á quien Don Quixote encomendo mucho, y que mirase por él como por su propia persona) se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama , como su amo se lo habia aconsejado ; y asi se fue , aunque todavia le importunaba Don Quixote que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos , quando volvio , y dixo : digo , señor,

que vuestra merced ha dicho muy bien, que paraque pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, sera bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. No te lo decia yo? dixo Don Quixote, esperate, Sancho, que en un credo las hare: y desnudandose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas dio dos zapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeza abaxo y los pies en alto, descubriendo cosas que por no verlas otra vez volvio Sancho la rienda á Rocinante, y se dio por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco: y asi le dexarémos ir su camino hasta la vuelta, que fue breve.



CAPITULO XXVI.

DONDE SE PROSIGUEN LAS FINEZAS, QUE DE ENAMORADO HIZO DON QUIXOTE EN SIERRA MORENA.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vio solo, dice la historia que asi como Don Quixote acabó de dar las tumbas ó vueltas de medio abaxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vio que Sancho se habia

ido sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subio sobre una punta de una alta peña, y alli tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamas resuelto en ello; y era que qual seria mejor, y le estaria mas á cuento, imitar á Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadís en las melancolicas; y hablando entre sí mismo decia: si Roldan fue tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, qué marabilla? pues alfin era encantado, y no le podia matar nadie sino era metiendole un alfiler de á blanca por la punta del pie, y él traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro: aunque no le valieron tretas con Bernardo del Carpio, que se las entendio y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero dexando en él lo de la valentia á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdio por las señales que halló en la fuente, y por las nuevas que le dio el pastor, de que Angelica habia dormido mas de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados,

y page de Agramante (80): y si él entendio que esto era verdad y que su dama le habia cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo, cómo puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasion dellas? porque mi Dulcinea del Toboso osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida moro alguno, asi como él es en su mismo trage (81), y que se está hoy como la madre que la pario: y hariale agravio manifiesto, si imaginando otra cosa della, me volviese loco de aquel genero de locura de Roldan el Furioso. Por otra parte veo que Amadís de Gaula sin perder el juicio y sin hacer locuras alcanzó tanta fama de enamorado como el que mas, porque lo que hizo, segun su historia, no fue mas de que por verse desdeñado de su señora Oriana (que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad) *de que* (82) se retiró á la Peña Pobre en compañia de un ermitaño, y alli se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrio en medio de su mayor cuita y necesidad: y

si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos arboles, que no me han hecho mal alguno; ni tengo para qué enturbiar el agua clara destos arroyos, los quales me han de dar de beber quando tenga gana? viva la memoria de Amadís, y sea imitado de Don Quixote de la Mancha en todo lo que pudiere; del qual se dira lo que del otro se dixo: que si no acabó grandes cosas, murio por acometellas (83); y sí yo no soy desechado ni desdeñado de mi Dulcinea, bastame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos á la obra: venid á mi memoria cosas de Amadís, y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo mas que él hizo fue rezar, y asi lo hare yo. Y sirvieronle de rosario unas agailas grandes de un alcornoque que ensartó, de que hizo un diez (84); y lo que le fatigaba mucho era no hallar por alli otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse; y asi se entretenia paseandose por el pra-

decillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los arboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer despues que á él alli le hallaron, no fueron mas que estos que aqui se siguen.

Arboles, yerbas, y plantas,
(Que en aqueste sitio estais)
Tan altos, verdes, y tantas,
Si de mi mal no os holgais,
Escuchad mis quejas santas.
Mi dolor no os alborote,
Aunque mas terrible sea,
Pues por pagaros escote
Aqui lloró Don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

Es aqui el lugar, adonde
El amador mas leal
De su señora se esconde,
Y ha venido á tanto mal

Sin saber cómo, ó por dónde.
Traele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea:
Y asi hasta henchir un pipote
Aqui lloró Don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

Buscando las aventuras
Por entre las duras peñas,
Maldiciendo entrañas duras,
(Que entre riscos y entre breñas
Halla el triste desventuras)
Hiriole amor con su azote,
No con su blanda correa:
Y en tocandole el cogote,
Aqui lloró Don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debio de imaginar Don Quixote que si, en nombrando á Dulcinea, no decia tambien *el Toboso* , no se podria entender la copla : y asi fue la verdad , como él despues confesó. Otros muchos escribio; pero, como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio ni enteros mas destas tres coplas. En esto , y en suspirar , y en llamar á los faunos y silvanos de aquellos bosques , á las ninfas de los rios , á la dolorosa y humida Eco que le respondiesen, consolasen y escuchasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse entanto que Sancho volvia: que si, como tardó tres dias, tardara tres semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado , que no lo conociera la madre que lo pario (85).

Y sera bien dexalle envuelto entre sus suspiros y versos , por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandaderia: y fue que, en saliendo al camino real, se

puso en busca del Toboso, y otro dia llegó á la venta donde le habia sucedido la desgracia de la manta, y no la hubo bien visto quando le parecio que otra vez andaba en los ayres, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente, que habia grandes dias que todo era fiambre: esta necesidad le forzo á que llegase junto á la venta, todavia dudoso si entraria, ó no. Y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dixo el uno al otro: digame, señor Licenciado, ¿aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dixo el Ama de nuestro aventurero que habia salido con su señor por escudero? Si es, dixo el Licenciado, y aquel es el caballo de nuestro Don Quixote: y conocieronle tan bien, como aquellos que eran el Cura y el Barbero de su mismo Lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de los libros: los quales asi como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante,

deseosos de saber de Don Quixote, se fueron á él, y el Cura le llamó por su nombre, diciendole: amigo Sancho Panza, adonde queda vuestro amo? Conociolos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar, y la suerte, donde, y como su amo quedaba: y asi les respondio que su amo quedaba ocupado en cierta parte, y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la qual él no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el Barbero, Sancho Panza, si vos no nos decis donde queda, imaginarémos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venis encima de su caballo: en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocin, ó sobre eso morena. No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie, á cada uno mate su ventura, ó Dios que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña muy á su sabor: y luego de corrida y sin parar les conto de la suerte que quedaba,

las aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los higados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba, y aunque ya sabian la locura de Don Quixote, y el genero della, siempre que la oian se admiraban denuevo: pidieronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. El dixo que iba escrita en un libro de memoria, y que era orden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer Lugar que llegase. A lo qual dixo el Cura que se la mostrase, que el la trasladaria de muy buena letra. Metio la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librillo; pero no le halló, ni le podia hallar si le buscara hasta ahora, porque se habia quedado Don Quixote con el, y no se le habia dado, ni á el se le acordo de pedirsele. Quando Sancho vio que no hallaba el libro, fuesele parando mortal el rostro, y

tornandose á tentar tòdo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni mas se echó entrambos puños á las barbas, y se arrancó la mitad dellas, y luego apriesa y sin cesar se dio media docena de puñadas en el rostro, y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo qual por el Cura y el Barbero, le dixeron que que le habia sucedido, que tan mal se paraba? Que me ha de suceder, respondio Sancho, sino el haber perdido de una mano á otra en un instante tres pollinos, que cada uno era como un castillo? Como es eso? replicó el Barbero. He perdido el libro de memoria, respondio Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cedula firmada de mi señor, por la qual mandaba que su Sobrina me diese tres pollinos de quatro ó cinco que estaban en casa, y con esto les conto la perdida del Rucio. Consolole el Cura, y dixole que en hallando á su señor, el le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel,

como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memoria jamas se acetaban ni cumplian. Con esto se consolo Sancho, y dixo que como aquello fuese asi, que no le daba mucha pena la perdida de la carta de Dulcinea, porque el la sabia casi de memoria, de la qual se podria trasladar donde y quando quisiesen. Decilda, Sancho, pués, dixo el Barbero, que despues la trasladarémos. Parose Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta: y ya se ponia sobre un pie, y ya sobre otro, unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y alcabo de haberse roido la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dixese, dixo alcabo de grandisimo rato: por Dios, señor Licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: *Alta y sobajada señora.* No dira, dixo el Barbero, sobajada, sino sobrehumana, ó soberana señora. Asi es, dixo Sancho: luego, si mal

no me acuerdo, proseguia.... si mal no me acuerdo.... *el llagado y falto de sueño, y el ferido besa á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa*: y no sé que decia de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aqui iba escurriendo, hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura*. No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabaronsela mucho, y le pidieron que dixese la carta otras dos veces, paraque ellos ansimesmo la tomasen de memoria, para trasladalla á su tiempo. Tornola á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvio á decir otros tres mil disparates. Tras esto conto asimismo las cosas de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la qual rehusaba entrar. Dixo tambien como su señor, en trayendo que le truxese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar cómo ser Em-

perador, ó porlomenos Monarca, que asi lo tenian concertado entre los dos, y era cosa muy facil venir á serlo segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que en siendolo, le habia de casar á el, porque ya seria viudo, que no podia ser menos, y le habia de dar por muger á una doncella de la Emperatriz, heredera de un rico y grande estado de Tierrafirme, sin insulos, ni insulas, que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiandose de quando en quando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron denuevo, considerando quan vehemente habia sido la locura de Don Quixote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciendoles que, pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dexarle en el, y á ellos les seria de mas gusto oir sus necedades: y asi le dixeron que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era ve-

nir con el discurso del tiempo á ser Emperador , como el decia , ó porlomenos Arzobispo , ó otra dignidad equivalente. A lo qual respondio Sancho: señores, si la fortuna rodease las cosas de manera , que á mi amo le viniese en voluntad de no ser Emperador , sino de ser Arzobispo , querria yo saber ahora qué suelen dar los Arzobispos andantes (86) á sus escuderos. Suelenles dar , respondio el Cura , algun beneficio simple , ó curado , ó alguna sacristania que les vale mucho de renta rentada , amen del pie de altar , que se suele estimar en otro tanto. Para eso sera menester , replicó Sancho , que el escudero no sea casado , y que sepa ayudar á misa porlomenos ; y si esto es asi (desdichado de yo , que soy casado , y no sé la primera letra del A. B. C.) qué sera de mí , si á mi amo le da antojo de ser Arzobispo , y no Emperador , como es uso y costumbre de los caballeros andantes? No tengais pena , Sancho amigo , dixo el Barbero , que aqui rogarémos á vuestro amo,

y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea Emperador, y no Arzobispo, porque le sera mas facil, á causa de que el es mas valiente que estudiante. Asi me ha parecido á mí, respondio Sancho, aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde el mas se sirva, y adonde á mí mas mercedes me haga. Vos lo decis como discreto, dixo el Cura, y lo hareis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer es dar orden cómo sacar á vuestro amo de aquella inutil penitencia, que decis que queda haciendo: y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, sera bien nos entremos en esta venta. Sancho dixo que entrasen ellos, que el esperaria alli fuera, y que despues les diria la causa por que no entraba ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen alli algo de comer, que fuese cosa caliente, y

asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron, y le dexaron, y de allí á poco el Barbero le sacó de comer. Despues habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el Cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quixote, y para lo que ellos querian; y fue que dixo al Barbero que lo que habia pensado era, que él se vestiria en habito de doncella andante, y que el procurase ponerse lo mejor que pudiese, como escudero, y que asi irian adonde Don Quixote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa, y le pediria un don, el qual el no podria dexarsele de otorgar como valeroso caballero andante, y que el don que le pensaba pedir, era que se viniese con ella donde le llevase á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho, y que le suplicaba ansimismo que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su facienda, fasta que la hubiese fecho derecho de

aquel mal caballero; y que creyese sin duda que Don Quixote vendria en todo quanto le pidiese por este termino, y que desta manera le sacarian de alli, y le llevarian á su Lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su estraña locura.

NOTAS

SOBRE

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

NOTAS

A ESTE SEGUNDO TOMO.

Los numeros arabigos, que van colocados en medio de las planas, corresponden á los que van esparcidos por el cuerpo de la obra; y los que se leen al principio de la linea denotan las paginas en que estan dichos numeros.

I

Pag. 11. *De un patio.* Dos veces cayo Amadís en poder del Rey Arcalaus: la una le tubo encantado: la otra le dexó caer en una como sima por medio de una trampa; pero no dice su historia que le diese azotes. Hizole si padecer hambre y sed; y aun en este trabajo fue socorrido con una empanada de tocino, y dos barriles de vino y agua, que en un cesto le descolgo la doncella muda, sobrina de Arcalaus, llamada Ginaida. (*Cap.* 19. *y* 69.)

Quiza lo leeria Cervantes en otro libro de Caballerias.

2

Pag. 14. *Dios de la risa.* Baco.

3

Pag. 14. *De las cien puertas.* La ciudad de Tebas.

4

Pag. 17. *Llana de cogote.* Descogotada, como lo suelen ser algunos paisanos de Maritornes segun dice Covarrubias (*Tesoro*) y el autor de la Picara Justina (*tom. I. lib.* II. *p.* 308.) Hablando Quevedo de otra moza, parecida á esta, que servia tambien en una venta, dixo:

Corita en cogote,
Y Gallega en ancas,
Gran muger de pullas &c.

(Parnaso: Musa Talia: *romance XCVI.*)

5

Pag. 19. *Maritornes*. No es facil averiguar si Cervantes inventó este nombre, ó le adoptó de la palabra francesa *Malitorne*, que en el frances antiguo significa *mala muger: mu'ier improba*. (Lacombe: *Diction. du vieux françois*.)

6

Pag. 20. *En dos paletas*. En las primeras ediciones y en todas las demas se decia: *en dos palabras*: lo que se ha considerado en esta como yerro de imprenta. *En dos paletas* (dice el Diccionario de la Lengua) *brevemente*, *sin trabajo*. En el cap. V. de la Parte II. dice Sancho á Teresa su muger: *pero si* en dos paletas, *y en menos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un don y una señoria acuestas* &c. En el cap. LI. dice el mismo Sancho: *este negocio* en dos paletas *le declararé yo*. Y en el LX. decia Don Quixote á Roque Guinard: *donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que* en dos paletas *le pondra en el cielo*.

7

Pag. 23. *Estrellado.* Destechado y descubierto, desde el qual se veian las estrellas.

8

Pag. 23. *Pariente suyo.* Los moriscos antes de su expulsion, que es quando escribia Cervantes, se empleaban en la agricultura y en los oficios mecanicos; pero con mas gusto en el exercicio arrieril, porque faltando de los pueblos, no eran notados de si oian misa, ó frequentaban las iglesias, disimulando asi su mahometismo oculto; y á esta ocupacion hipocrita y traginera (que por otra parte les proporcionaba ocasiones de robar y quitar la vida á los cristianos, que hallaban solos por los caminos) aludio acaso nuestro autor, diciendo que un moro verdadero, como era Cide Hamete, tenia algun parentesco con otro que solo tenia el barniz de cristiano. La abundancia de arrieros moriscos se infiere de un autor nuestro econo-

mico que escribia por los años de 1616. *Con la expulsion de los moriscos*, dice, *faltan quatro ó cinco mil arrieros en España, que con grande comodidad porteaban las cosas, que desde entonces se comenzaron á encarecer al par de la falta de tragin, pues por los años de* 1608. *y* 1609. *no nos llevaban mas de á* 4. *ó* 5. *reales por traer de Sevilla á Madrid una arroba de peso, y hoy los arrieros cosarios no la quieren traer menos de á* 14. *ó* 15. *y si es invierno, á* 18. *y á este tono lo demas. En el Tiemblo, que está* 14. *leguas de Madrid, lugar de* 140. *vecinos, donde habia* 18. *arrieros, no ha quedado hoy ninguno, y en Zalamea á* 48. *leguas de Madrid, que es de* 1Ə *vecinos, habia* 25. *arrieros en dicho año, y hoy no hay mas de uno.* (Discursos politicos sobre la provision de la Corte. *m. ss. Biblioteca Real.*)

9

Pag. 25. *Dueña Quintañona.* Las ediciones originales y las demas decian en este pasage *dama*; pero era una errata de im-

prenta manifiesta, no solo porque el mismo Cervantes la llama *dueña* en otros lugares (como se puede ver en los *capitulos XIII. y XLIX. de esta Parte I.*) sino porque para *dueña* de la reyna Ginebra, y no para *dama*, la inventó el autor del libro de Lanzarote del Lago.

10

Pag. 25. *Albanega*. Cofia, ó red de tela, con que las mugeres recogian los cabellos.

11

Pag. 28. *Coyma*. Muger mundana. (*Vocabulario de la Germania* de Juan Hidalgo.)

12

Pag. 31. *Quadrillero*. Los ministros de la Santa Hermandad, llamados asi, porque salian en quadrilla.

13

Pag. 31. *Hermandad Vieja de Toledo*. Habiala en Toledo, Talavera, y Ciudad-

Real. Componiase de caballeros y gente noble, y era condicion fuesen hacendados, y poseyesen colmenares en los montes de Toledo. Tenia por instituto perseguir á los ladrones y salteadores, llamados *golfines* antiguamente, que infestaban los montes y caminos, robando ganados y dinero. Gozaba de muchos privilegios, que los confirmó S. Fernando en el año de 1220. Podian no solo prender y sustanciar las causas á los reos, sino sentenciarlos á muerte de saeta, que segun dice Francisco de Medina (*Grandezas de España*: p. 196.) se executaba en Peralbillo, ó Peroalbillo, en el termino de Miguelturra cerca de Ciudad-Real. Carlos V. mandó que les diesen muerte antes de asaetearlos. Entre los individuos de que se componia su cabildo, ó tribunal, habia un Quadrillero mayor, que ademas de los tenientes tenia en las ciudades, lugares y ventas otros quadrilleros comisarios, como lo era este que asio la barba de Don Quixote. Sebastian Munster hizo el año de 1559. una puntual descripcion de esta Hermandad ó tri-

bunal en su *Cosmografia* : f. 60.

14

Pag. 32. *Otro candil.* Este suceso de la desvergonzada Maritornes es uno de aquellos pasos ó situaciones, que como peligrosos para el lector incauto reprehende justamente el abate Jaquelin; y el abate Garces (*Particulas de la Lengua Castellana* : prologo del tom. II. p. 31.) Acaso no lo omitio Cervantes por imitar en todo los libros de Caballerias, especialmente el de Amadis de Gaula, donde al fin del cap. 25. se refiere otro caso, en parte semejante, entre la doncella Brandueta y el aventurero Galaor.

15

Pag. 45. *Estubiesen.* No habia sin duda leido Don Quixote el *Morgante Maggiore de Luis Pulci*, que en el canto 21. introduce á Orlando reventando de pena porque no tenia dineros con que pagar la posada al ventero, que pretendia le dexase el caballo alomenos en prendas.

16

Pag. 47. *Como con perro por carnestolendas.* Esta burla se usaba ya en la antiguedad. De Oton dice Suetonio (*cap.* 11.) que rondando de noche por las calles de Roma, si encontraba algun borracho le manteaba, tendiendole en la capa .... *distento sago impositum in sublime iactare*: y Marcial, hablando con su libro, dice que no se fie de alabanzas, porque á vuelta de ellas se burlarian de él, manteandole....

Ibis ab excusso missus in astra sago.

(Lib. I. Epig. 4.)

17

Pag. 48. *Le dexaron.* Este manteamiento de Sancho es parecido al suceso de Fidelio, escudero de Don Florando de Inglaterra, quando yendo algo apartado de su amo, le asieron quatro fantasmas, y levantandole en el ayre, le atormentaron las carnes con tenazas encendidas, y pi-

diendo favor y ayuda, oyo su amo sus clamores, vuelve atras el caballo, y mirando el triste estado de su escudero, no le socorre, escusandose con que toda aquella pesada burla era mera apariencia, y no cosa real y verdadera.

18

Pag. 52. Dixo Sancho.

19

Pag. 53. *De zecá en meca.* En Zaragoza habia un juez llamado de la Zeca: otros dicen que Zeca era una casa de devocion que tenian los morós en Cordova. Meca fue patria de Mahoma. Pudiera presumirse si por el sonsonete final de estas voces y por la distancia de los lugares se formó esta espresion vulgar, con que se significa una persona que vaguea, y que es traida de un lugar á otro, de uno en otro tribunal. En la *Resurreccion de Celestina* (scena 17.) de Elicia su criada dice Pandolfo: *aora la quiere casar despues de haber corrido á ceca y á meca, y á los olivares de Santander.*

20

Pag. 55. *De la Ardiente Espada.* Mejor diria de la *Verde Espada.* Hablase aqui de Amadís de Gaula, porque en diciendo *Amadís* solamente, se entiende siempre por escelencia el de Gaula. El qual fue llamado: *el Caballero de la verde espada*, y en Alemania *no le sabian otro nombre sino el Caballero de la verde espada*, como se puede ver en los capitulos LVI. LXX. y LXXIII. de su Historia. Entre las particularidades de esta espada, que era encantada, se contaba la de ser hecha su vayna de un hueso verde de cierto pescado, tan diafano, que se traslucia la hoja, y el encanto consistia en no poderse sacar de ella; pero la sacó Amadís de Gaula en una prueba ó aventura de leales amadores con la señora Oriana. *El Caballero de la Ardiente Espada* fue Amadís de Grecia, por tener señalada una en el pecho *tan bermeja como una brasa*; y asi en la Parte I. cap. LXVI. de su Historia se dice: *como el Caballero de la Ardiente Espada se*

mudó el nombre, y se llamó Amadís de Grecia. Conque se ve que aqui se equivoca un Amadís con otro.

21

Pag. 59. *Jaldes.* De color de oro, ó amarillo.

22

Pag. 60. *Alfana.* Yegua grande y desmesurada, de que usaban comunmente los gigantes que se introducen en los libros de Caballerias.

23

Pag. 61. *Xanto.* Este rio, llamado por los dioses *Xanto*, y por los hombres *Scamandro*, es *famoso* entre otras causas por los muchos troyanos que mató Aquiles dentro de él, y en sus riberas, y por haber incendiado sus aguas el dios Vulcano. (*Iliad.* lib. XX. y XXI.)

24

Pag. 61. *Olivifero Betis.* El Guadalqui-

vir, cuyas aguas riegan muchos olivares. Y dixo Marcial:

Bætis olivifera crinem redimite corona.

Esto es:

Ceñid la cabellera del Betis con corona de olivo. (Lib. XII. Epig. ult.)

25

Pag. 62. *Del divino Xenil.* Esto es: *rio semejante al Nilo*, como dice Covarrubias deduciendolo del arabe. El Nilo fecunda con sus inundaciones el Egipto, y por este beneficio era tenido por cosa divina. El Xenil fertiliza la vega de Granada, y por esta semejanza le llama Cervantes *divino*, y *provechosas* sus aguas. Los romanos le llamaron *Singillis*, y, si Xenil se deriva de esta palabra, diriase que no ha lugar á la interpretacion arabiga *instar Nili*, ó *semejante al Nilo*, y que sinembargo la siguio nuestro autor.

26

Pag. 62. *De rubias espigas. Al oriente*

de Toledo (dice Pisa en su Historia: lib. I. cap. 27.) *estan las excelentes y muy fertiles tierras, llamadas la Mancha y Prioradgo de S. Juan, que en tres cosas, que son pan, vino y carne, mas y mejor exceden á todas las otras de España.*

27

Pag. 62. *De la sangre goda.* Los vizcainos, que benefician muchas herrerias, y á cuyas montañas se retiraron los godos, segun Cervantes y otros, quando entraron los moros en España, y como se supone que estos no penetraron alla, por eso juzga que los cantabros ó vizcainos son reliquias de la sangre goda.

28

Pag. 62. *Silboso.* Por el ruido y susurro que agitadas por el viento mueven las ramas y hojas de los muchos y diversos arboles de aquellos elevados montes.

29

Pag. 62. *Contiene y encierra.* En la enu-

meracion de estos dos exercitos ó esquadrones imaginarios imitó Cervantes la que hace Homero (lib. XX. de la *Iliada*) de los capitanes y naves con que fueron los griegos á la conquista de Troya, y la de los troyanos y sus tropas auxiliares: y si los criticos la celebran tanto, no debe merecerles menos aprecio la de nuestro autor, vista su esquisita erudicion, la suavidad de estilo, y la propiedad de los peculiares atributos, con que caracteriza tantos pueblos y rios, en lo que seguramente compite con el poeta griego.

30

Pag. 70. *Laguna*. Andres de Laguna, natural de Segovia, medico del Papa Julio III. no solo ilustró ó anotó á Pedacio Dioscorides Anazarbeo, que trata de la *Materia medicinal*, sino que le traduxo de griego en castellano.

31

Pag. 73. *Almete de Malandrino*. Yelmo de Mambrino.

32

Pag. 79. *Denostar.* Injuriar.

33

Pag. 81. *Bachiller.* No solo tenian entonces algunos la vanidad de llamarse licenciados, no siendo mas que bachilleres, y la de intitularse doctores, no siendo mas que maestros en artes; sino que otros se firmaban licenciados, no teniendo grado alguno. Dicelo el mismo Cervantes por boca del soldado, que hablando con su perro Gabilan le dice: *ea, Gabilan, salta por la pompa y aparato de Doña Pimpinela de Plafagonia, que fue compañera de la moza Gallega que servia en Valdeastillas.... salta por el bachiller Pasillas, que se firma Licenciado sin tener grado alguno.* (Coloquio de los Perros: *p.* 402.) y lo confirma en la Novela de *El Licenciado Vidriera.* (*p.* 395.) Otros se gloriaban falsamente de haber recibido grados de Condes Palatinos, como lo hizo uno de los interlocutores, que introduce el P. Pine-

da en los Dialogos de la Agricultura Cristiana. *Yo cursé*, dice Philotimo, *primero bien en Teologia, y oponiendome á beneficios, nunca me dieron alguno, y moria de hambre, y por remediarme cursé otros tres años en Medicina hasta graduarme de bachiller, y por no tener caudal para la costa del licenciamiento, quiso Dios que topé con un conde Palatino, tan hambriento como yo, en la venta de la Palomera, y convidele á un lomo costil y á una bota de vino de Robledo de Chavela, y alli me graduó de licenciado delante de los venteros, y de dos recueros, y tocaron la campana, que tienen en la chiminea para llamar con ella á los descarriados en tiempo de nieve.* (Dialogo I. *f.* 2. *b.*) Alguno de estos abusos no se ha remediado todavia.

34

Pag. 86. *Valiente caballero.* Esta es una de las historietas que refiere el vulgo de Rodrigo Diaz, natural de Bivar, llamado comunmente el Cid, ó el Señor, titulo adoptado de los moros. Cuentase en

el 21. de sus Romances, en que se dice:

En la iglesia de San Pedro
Don Rodrigo habia entrado,
Do vido las siete sillas
De siete Reyes cristianos,
Y vio la del Rey de Francia
Junto á la del Padre Santo,
Y la del Rey su señor
Un estado mas abaxo.
Fuese á la del Rey de Francia,
Con el pie la ha derribado.
La silla era de marfil,
Hechola ha quatro pedazos:
Y tomó la de su Rey,
Y subiola en lo mas alto.
. . . .
El Papa quando lo supo
Al Cid ha descomulgado.
Sabiendolo el de Bivar
Ante el Papa se ha postrado:
Absolvedme, dixo, Papa,
Si no, seraos mal contado.
El Papa, padre piadoso,
Respondio muy mesurado:

Yo te absuelvo, Don Ruy Diaz,
Yo te absuelvo de buen grado,
Conque seas en mi Corte
Muy cortes y mesurado.

35

Pag. 92. *De la luna.* Alusion al rio Nilo que, naciendo en la alta Etiopia en el monte de la luna segun se creia antiguamente (*Ptolomeo*: Geograph. *lib. IV. al fin.*) se precipita con estruendo impetuoso por dos cataratas, ó cascadas.

36

Pag. 93. *Del mundo.* En este paso, como en otros muchos, imitó Don Quixote á Amadís de Gaula, que, disponiendose para la empresa de la altisima peña de la Doncella Encantada, dixo á Grasindor: *yo quiero subir en esta roca .... y vos ruego que me aguardeis aqui hasta mañana en la noche, que yo podre venir, ó faceros señal desde arriba como me va : y si en este comedio, al tercero dia no tornare, podreis creer que mi hacienda no va bien.* Quando la aven-

tura del Endriago (que era un hombre monstruoso, que tenia el diablo en el cuerpo, y despoblada la *Insula* llamada *del Diablo* por hacer en ella su residencia) entrando Amadís en un valle de una enriscada montaña y peñas de muchas concavidades, dixo á su escudero: *da voces, Gandalin, porque por ellas podra ser que el Endriago á nosotros acudira: é ruegote mucho que, si aqui muriese, procureis de llevar á mi señora Oriana mi corazon. Quando Gandalin esto oyo, no solamente dio voces, mas mesando sus cabellos, llorando dio grandes gritos, deseando su muerte antes que ver la de aquel su señor, que tanto amaba.* (Historia de Amadís: *lib.* 3. *cap.* 73. *y lib.* 4. *cap.* 130.)

37

Pag. 95. *Del brazo izquierdo.* La constelacion, llamada por los astronomos *Ursa minor*, y por los pastores *Bocina*, ó *Carro menor*, consta de ocho estrellas, inclusa la del norte ó polar. Alrededor de esta voltean las otras siete, que forman la figura

de la bocina, cuerno, ó colodrillo. Para conocer la hora se figura una cruz, con su cabeza, pie, y brazos izquierdo y derecho, y en su centro la estrella polar. Esta cruz la figura tambien qualquier hombre estendiendo los brazos. En ella se suponen quatro puntos principales, y al pasar por ellos la boca de la bocina se conocen las horas de la noche con respecto á la estrella polar. En Agosto, que es quando parece sucedio esta aventura, está la boca de la bocina encima de la cabeza de la cruz, haciendo algo mas de la medianoche en su brazo izquierdo: de modo que desde entonces á la alba faltan como unas tres horas.

38

Pag. 98. *Para quien le fuere á buscar.* Esta erudicion escede la capacidad de Sancho, que como buen prevaricador de palabras llamó *Zonzorino* á Caton Censorino. Rodrigo Caro (*Dias Geniales*: dial. V. §. 3.) dice tambien que los muchachos y la gente rustica empezaban los cuentos con

esta entradilla : *Erase lo que era : el mal que se vaya , el bien que se venga : el mal para los moros : el bien para nosotros* ; y añade que en esto imitaban el dicho de Plutarco (in *Symposio* 6.) :

Bulium foras, intro divitias et sanitatem.

Esto es:

El mal vaya fuera, y vengan adentro la salud y el dinero.

Y á Quinto Sereno Samonico:

Sed fortuna potens omen convertat in hostes.

Esto es:

Pero la fortuna poderosa convierta el mal agüero contra los enemigos (los moros).

39

Pag. 101. *Mudas.* Colores postizos con que las mugeres se pintan las caras, cuyo vicio era todavia mas comun en el siglo pasado que ahora. Y decia una seguidilla, que llamaban de eco , de las inventadas en tiempo de Cervantes:

A porfia se juntan
Todas las damas,
A porfia se juntan, untan
Todas las caras.

(Gonzalo Correas: *Gramatica Castellana.* Biblioteca Real: est. V. cod. 262. f. 160.)

40

Pag. 104. *Pasage de las cabras.* Este cuento no es á la verdad original de Cervantes, pues aunque le varió y mejoró tanto, que le hizo suyo, tomó la sustancia de otro que se lee en: *Le Cento Novelle antike*, que se hallan al fin de: *Cento Novelle scelte* publicadas en Venecia año de 1571. Dice pues asi la novela XXXI. traducida del italiano en nuestra lengua: *Tenia el señor Azzolino un fabulador paraque le contase cuentos en las noches largas del hibierno. Succdio que una noche tenia este cuentista una gana estraordinaria de dormir, y el señor Azzolino le instaba que le refiriese alguna historieta. Y él empezo á referir la de un aldeano que, teniendo cien*

monedas de oro, fue á una feria á comprar cerdos, en la qual le dieron dos por cada moneda. Al volver con el ganado á casa, como hubiese crecido mucho el rio con las lluvias, llegó á su orilla, y vio á un pobre pescador que tenia un barco tan pequeño, que no cabia en él sino el aldeano y un cerdo. Empezo pues el aldeano á pasar con un cerdo solo. El rio era ancho: y el aldeano iba tirando el barco, y pasando. El señor Azzolino le dixo: pasad adelante con el cuento. Y él respondio: dexad que pasen los cerdos, y despues le proseguire: y supuesto que no pasarán en un año, podemos entretanto dormir á nuestro sabor. El licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda trata de *frio* y *necio* el cuento referido por Cervantes (*cap. XXI. p.* 151.) y en competencia cuenta él otro por boca tambien de su Sancho de una multitud de gansos, que tardaron no menos que dos años en pasar uno á uno por una puente muy angosta; pero lo cuenta con poca gracia, con menos agudeza, y con su estilo trivial y desaliñado. Sinembargo dice que lo hace para que *se cònozca la di-*

ferencia del uno al otro, y solo consigue que se conozca lo mucho que ciega el amor propio á algunos patrañeros.

41

Pag. 118. *Yelmo de Mambrino.* Yelmo encantado, que hizo invulnerable al Rey moro Mambrino que le usaba: y asi Gradaso, Rey tambien de moros, sarracenos ó paganos, tampoco pudo matar á Reynaldos que le llevaba puesto, y se le habia quitado á Mambrino, como dice Mateo Boyardo (*Orlando Enamorado*; lib. 1. cant. 4.) segun la traducion de Francisco Garrido de Villena:

. . . . El fuerte Sarracino
Con gran furia le dio un golpe de espada.
E cae amortescido el Paladino,
Que jamas recibio tan gran porrada:
Por el yelmo encantado de Mambrino
Tubo esta vez la vida asegurada.

42

Pag. 125. *Las.* Esto es: *las calzas.*

43

Pag. 126. *Despojaron*. Metafora tomada de los soldados, que despojan el real ó campo de los enemigos, donde suelen hallar abundancia de provisiones.

44

Pag. 126. *Quiso*. Como Roldan, *que se fue á mas andar por donde el caballo le llevaba* (Espejo de Caballerias: *lib. 2. cap. 38.*); y como el Caballero del Febo, que dexó la rienda al caballo, *paraque guiase á la parte, que mas su voluntad quisiese.* (P. II. lib. I. cap. 4.)

45

Pag. 129. *El caballero del Sol.* Llamado asi, porque traia en el escudo un sol figurado con rayos resplandecientes. Introducese en *Palmerin de Oliva.* (Cap. 43.)

46

Pag. 129. *O de la Serpiente.* En la edicion primera de 1605. se dice de la *Sier-*

pe. Enmendolo el autor en la del año de 1608. porque quiso aludir á Esplandian, llamado el *Caballero de la Serpiente*, como se ve en los cap. 147. y 148. *Hago saber*, dice Radian, *á ti el Caballero Serpentino, que la fusta de la gran Serpiente mandas y señoreas* &c.

47

Pag. 129. *Sús.* Interjecion ya desusada, que viene del adverbio *sursum*: arriba.

48

Pag. 130. *Besandole en el rostro.* Asi como lo hizo el Rey Lisuarte con el *doncel Esplandian, que le tomó por la cabeza, y llegole á sí, y besole en la faz.* (Amadís de Gaula: *cap.* 117.)

49

Pag. 130. *Farseto.* Voz italiana: *jubon* en castellano.

50

Pag. 131. *Feo y pequeño enano. Venian con la doncella* (se dice en el cap. 67. P. II. de Amadís de Grecia) *dos enanos tan feos, que espanto ponian.* De los libros de Caballerias se introduxo acaso despues en los palacios de los Reyes y grandes señores la moda de los enanos y de las enanas, que tanto privó en España. Felipe III. tenia uno de estraña pequeñez, llamado Simon Bonami, á quien hizo un epitafio Don Luis de Gongora, que se halla al fin de sus Romances, y á quien cierto autor nuestro dedicó un libro, diciendole que no estrañase su dedicatoria, supuesto que Pedro Aretino habia dedicado el suyo á una mona. Murio este enano por los años de 1616. segun dice el Dr. Cristobal Suarez de Figueroa, que por su pequeñez le llama *atomo de criatura*, *vislumbre de niño*; y deseaba tambien dedicarle su libro, eligiendole por su Mecenas. (*El Pasagero*: f. 92.)

51

Pag. 132. *Mucho se fia.* Asi Oriana por medio de su doncella y confidente Mabilia hablaba á Amadís de Gaula *por una reja de hierro, que tenia su redecilla.* (Cap. 14.) Asi el Caballero de la Cruz fue á hablar con la Infanta Andriana *por las rejas de las ventanas del jardin, y por medio de Germana, su doncella, se prometieron los dos por marido y muger.* (Cap. 144.)

52

Pag. 134. *Queda Rey.* Asi Lucrecia decia á Bernardo del Carpio:

Pero muerto mi padre, yo de hecho
Soy Reyna en Lombardia coronada,
Y puedo bien, señor, de aqui decirte
Que ofrezco con el reyno de servirte.

(Garrido: *cant.* 38. *v.* 84.)

53

Pag. 134. *Muy principal.* Este plan, que

recopila aqui el autor, de las empresas, aventuras y fines que se proponian en ellas los caballeros andantes, se pudiera exôrnar y confirmar con mayor numero de autoridades y pasages de los libros caballerescos, á que alude para ridiculizarlos; pero se omite por evitar prolixidad.

54

Pag. 134. *Me atengo.* Muestrase aqui Sancho tan engolfado en las alegres esperanzas de su amo, que se olvida de que estaba casado y con hijos en su tierra.

55

Pag. 135. *Modo.* Este sustantivo se habia omitido en las primeras ediciones.

56

Pag. 139. *Que era muy grande.* Quien era este señor? Por las señas que da Sancho, pudiera conjeturarse que era Don Pedro Giron, duque de Osuna, virey primero de Sicilia, y despues de Napoles. Criose en las guerras de Flandes, donde hizo

hazañas valerosas, porque desde niño manifesto su ardimiento militar y grande ingenio, como se ve en la comedia intitulada: *Las Niñezes del Duque de Osuna.* El gobierno de su vireynato de Napoles, donde acreditó su prudencia civil, su valor estraordinario y pericia militar, especialmente contra los turcos, es famoso en la Historia, que tampoco olvida la parte que tubo en él su secretario Don Francisco de Quevedo y Villegas. Estas prendas, y la nobleza y opulencia de su cuna, le hacian *un señor muy grande*, y la naturaleza le hizo *un señor muy pequeño.* Consta enefecto que era pequeño de cuerpo. *En conclusion* (dice Domingo Antonio Parrino, hablando de las calidades del Duque) *él fue uno de los hombres grandes de su siglo, que de pequeño no tenia otra cosa que la estatura.* Di picciolo non havea altro che la statura. (*Teatro de los Gobiernos de los Vireyes de Napoles*; tom. II. p. 119.)

57

Pag. 139. *Los tales.* Esta era enefecto la costumbre en tiempo de Cervantes. *Quando salga el señor fuera de casa á pasear, ó hacer alguna visita, ha de ir el caballerizo detras á caballo*, decia el año de 1614. Don Miguel Yelgo en su *Estilo de servir á Principes.* (fol. 84.)

58

Pag. 147. *Su mano derecha.* De la misma peligrosa opinion era un poeta contemporaneo de nuestro autor, que escribio un elogio de la alcahueteria, donde se leen estos versos:

No me engaña aficion. Usar debiera
Este exercicio afable dignamente
La gente en ciencia y calidad primera.
Un exâmen discreto y diligente
Se habia de hacer para otorgar el grado,
Y un colegio tambien para tal gente.

(Biblioteca Real : est. M. cod. 82. p. 72.)

Esta arriesgada doctrina reprehende el P. Fr. Juan de la Cerda, que hablando de estas tercerias dice: *anda en este tiempo* (que era el de Cervantes) *recibida de algunos la opinion de que no es baxeza el usar de tal oficio, no haciendole por interese; como si por esto no fuesen dignas del nombre de alcahuetas* &c. (Vida politica de todos los estados de las mugeres: *tom.* II. *p.* 484.)

59

Pag. 152. *Quitar.* Desempeñar.

60

Pag. 153. *Corbacho.* El rebenque ó latigo.

61

Pag. 159. *A la buena ventura.* El libertar á los presos los caballeros andantes y enviarlos á que se presentasen á sus señoras entraba en el plan de sus proezas, y asi entró en el de Don Quixote, que en esto imitó tambien á Amadís de Gaula, que, teniendo vencido al gigante Madar-

que, le concedio la vida con condicion: que habia de hacerse cristiano él y sus vasallos: que habia de fundar en sus tierras iglesias y monasterios: y que habia de soltar todos los presos que tenia en sus carceles, los quales eran ciento, y habia entre ellos treinta caballeros, y quarenta entre dueñas y doncellas, á quienes dixo Amadís quando llegaron á besarle agradecidos la mano que: *fuesen á la Reyna Brisena, y le dixesen como los enviaba su caballero de la Insula Firme, y que le besasen las manos por él.* (Lib. III. cap. 65.)

62

Pag. 165. *Los siete mancebos.* Asi se lee en las primeras ediciones, pero acaso en el original del autor se leeria *Macabeos*, palabra facil de equivocarse en la imprenta con la de *mancebos*. En la Historia eclesiastica se habla de siete hermanos martires; pero no consta que fuesen mancebos, y la hermandad mas famosa y conocida es la de los siete Macabeos.

63

Pag. 167. *A lo que se debe.* Asi en todas las ediciones. Acaso en el original del autor se diria *á lo que no se debe.*

64

Pag. 167. *A Sancho Panza.* Vease una nota de la Segunda Parte: cap. IV.

65

Pag. 168. *Con veinte y seis maravedis.* Como no corria entonces tanto la moneda, valian mas baratos los comestibles. En la *Dorotea* de Lope convida á comer la vieja Gerarda á otra vieja amiga suya, y tratando de distribuir quatro reales que le daba Laurencio, criado de Don Bela el indiano, dice en la pag. 227: *he aqui la olla: una libra de carnero catorce maravedis, media de vaca seis, son veinte: de tocino un quarto, otro de carbon, de peregil y cebollas dos maravedis, y quatro de aceytunas, es un real cabal: pues tres reales de vino entre dos mugeres de bien es muy poca*

manifatura : no hay para dos sorbos : añade, asi Dios te añada los dias de la vida. Laurencio. *¿Tres reales de vino, valiendo á doce maravedis la azumbre?* Es verdad que mas adelante por los años de 1614. quando escribia Cervantes la Segunda Parte, valia en la Corte el pan á real, y la libra de carnero á cinco quartos, si no estaba mal informada la muger de Sancho Panza en su carta á la Duquesa. (*Cap. LII.*)

66

Pag. 169. En la edicion de 1605. se decia en este lugar: *sentado á mugeriegas sobre su jumento*, y esta es la primera vez que el autor corrigio en la de 1608. el descuido de introducir á Sancho sobre su asno, hurtado ya por Pasamonte, de que se habla en el *Discurso Preliminar*: §. I. y aunque lo enmendo tambien en otras ocasiones, pero no en todas.

67

Pag. 169. *Apease.* Olvidase el autor del hurto del asno de Sancho.

68

Pag. 172. *O yo sé poco del arte.* Aquì se califica Cervantes á sí mismo de razonable poeta, supuesto que él es autor de este soneto, que repitio como suyo en la tercera jornada de su comedia de la *Casa de los Zelos*, *y Selvas de Ardenia* en boca de Reynaldos, solo que en el de Don Quixote se habla con Filis:

Si digo que sois vos, Fili, no acierto:

y en el de la comedia se habla con Angelica:

Si digo que es Angelica, no acierto.

69

Pag. 172. *Que de primor.* Poeta y musico fue conefecto Amadís, caballero andante de la edad pasada; pero sus canciones carecen verdaderamente no menos de primor, que de espiritu, como se ve por esta:

Leonoreta sin roseta,
Blanca sobre toda flor:
Sin roseta no me meta
En tal culpa vuestro amor &c.

(Amadís de Gaula : *lib. II. cap.* 54.)

70

Pag. 176. *Del asno.* Otro olvido sobre el hurto del asno de Sancho.

71

Pag. 178. *Casi delante.* Este lugar, defectuoso en las dos ediciones primeras, haria sentido añadiendo estas palabras : *de aqui adelante* ; ó estas otras : *á quien tenemos ó tubimos casi delante.*

72

Pag. 207. Otro olvido del hurto del asno, y se omiten los demas.

73

Pag. 209. *Coconda.* Pudra.

74

Pag. 213. *Descubriendolos.* Con mas propiedad se diria *describiendolos*, y acaso se diria asi en el original del autor.

75

Pag. 221. Imitacion de Garcilaso en la Egloga III.

76

Pag. 230. *Su mayor.* Esto es, el superior del mozo motilon, ó del lego mozo, que vivia en comunidad de teologos. Llamabanse entonces motilones los legos, del verbo *mutilo*, *as*, *are*, por llevar, como ahora, rapada la cabeza; y no era nombre ofensivo ni injurioso, pues se daba hasta á los legos santos. En la Real Biblioteca hay un codice (*est. Q. num.* 39.) que contiene las Actas é Informaciones que se hicieron en varios Lugares para la canonizacion de S. Diego de Alcala, y en que trabajó tanto el cronista Ambrosio de Morales, que fue procurador especial de ella; y en el se

lee lo siguiente: *Y Francisco Rodriguez, vecino de Daganzuelo, dixo: que él habia conocido al santo fray Diego, seyendo frayle motilon.* Esta es la unica nota que se ha substituido en lugar de la que se lee en la otra impresion en 8. mayor. P. I. c. XXV. p. 173.

77

Pag. 231. *Fulano.* Dice Rodrigo Caro que *fabulano* y *statano* eran entre los gentiles dioses de los muchachos: el uno para que los enseñase á hablar, y el otro á andar: y que de aqui se dixo acaso *fulano* y *zutano*: esto es, unas personas de quienes nada sabemos, sino que hablan y andan. (*Dias Geniales*: dial. V. §. 4.) Otros derivan el *fulano* del hebreo.

78

Pag. 232. *Las mas se las fingen.* Esta espresion no escluye que algunas no fueron fingidas, sino verdaderamente damas de carne y hueso, como lo fue la *Diana* de Jorge de Montemayor (*V. P. I. cap. VI.*

p. 71.) y pudo serlo tambien la *Galatea* del mismo Cervantes, como se dice en su *Vida*.

79

Pag. 239. *Teseo*. En lugar de *Perseo*, como por yerro de imprenta se decia en las primeras ediciones y en las demas, pues segun la fabula fue Teseo, y no Perseo, quien salio del laberinto con el hilo; y el mismo Cervantes dixo en el cap. XLVIII: *ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél, aunque tubieses la soga de Teseo*. Enquanto á las señales de las ramas, de la misma traza se valio antes que Don Quixote el marques de Mantua para no perderse en un bosque:

Apartado del camino
Por el monte fuera á entrare,
Acia do sintio la voz
Empieza de caminare;
Las ramas iba cortando
Para la buelta acertare.

(Cancionero de Anveres: 1555. 16. f. 32.)

80

Pag. 243. *Agramante.* Medoro fue page y amigo del sarraceno Dardinel ó Dardinelo, no de Agramante. Vease una nota sobre estos personages. (*P. II. cap. I.*)

81

Pag. 243. *En su mismo trage.* Alusion contra los moriscos, porque vestidos del trage del pais, y hablando la lengua castellana, eran muchos de ellos verdaderos moros: y aunque Dulcinea no hubiese visto jamas ningun moro con turbante y cimitarra, veria algunos en su patria el Toboso, donde se avecindaron muchos moriscos traidos de las Alpuxarras de Granada, como dixeron los naturales de aquel pueblo el año de 1575. en las *Relaciones* que pidio á los de España Felipe II. (tom. IV. cap. 7. que con otros exîste en la Real Academia de la Historia) y asi salieron de él el año de 1611. cincuenta y quatro familias, ó doscientas y sesenta y nueve personas, como dice el P. Fr. Marcos de Gua-

dalaxara. (*Prodicion y destierro de los Moriscos de Castilla hasta el valle de Ricote*: fol. 39. b.) Esta avenida de los moriscos granadinos fue con otras la causa de la escesiva poblacion, á que llegó el lugar del Toboso, pues dice Don Diego de la Mota (*Origen de la Orden de Santiago* : p. 209.) que el año de 1468. tenia ciento y quarenta vecinos, y el de 1598. mil y doscientos.

82

Pag. 243. *De que.* Estas palabras estan repetidas.

83

Pag. 244. *Por acometellas.* Alusion á Faetonte, que rigiendo los caballos del Sol su padre, se precipitó. (*Ovid.* Metamorph. *l.* 11.)

84

Pag. 244. *De que hizo un diez.* No solo los aventureros, sino los Doce Pares de Francia echaban mano del rezo en sus con-

tratiempos , y alternativas de devocion y locura. Asi del Conde Dirlos , despues de haber repartido los despojos de la vitoria del moro Aliarde ó Soldan de Persia, dice el romance viejo:

Solo él se retraia
Sin querer algo tomare,
Armado de armas blancas
Y cuentas para rezare,
Y tan triste vida hacia
Que no se puede contare.

(Cancionero de Anveres: *año de* 1555. 16. *fol.* 10. *b.*)

85

Pag. 247. *La madre que lo pario.* Esta penitencia de Don Quixote es uno de los pasos mas principales en que imitó á Amadís de Gaula , que como dice Cervantes era su original y modelo. Acababa Amadís de conquistar la Insula Firme, que era encantada : tenia siete leguas de largo y cinco de ancho , y por estar metida en el

mar se llamaba *Insula* ó *Insola*, y por la parte de tierra por donde se entraba á ella, se llamaba *Firme.* Retirose despues Amadís á la corte de Sobradisa, donde reynaba la hermosa Briolanja. Sabelo la sin par Oriana, y llevada de unos imaginados zelos, escribele una carta llena de rabiosas quejas, mandandole no compareciese mas en su presencia: el sobrescrito de la carta decia asi: *yo soy la doncella herida de punta de espada por el corazon, y vos soys el que me feristes*: enviala por medio del doncel Burin. Recibela Amadís, leela, y desesperase: dexa sus aventuras, y se retira á una selva á hacer penitencia: despidese de su escudero Gandalin: siente no poder hacerle grandes mercedes: dexale por Gobernador de la Insula Firme, al modo que con el tiempo llegó á serlo tambien Sancho Panza de la Barataria: da principio Amadís á su estravagante penitencia baxo la direccion de un ermitaño llamado Andalod, que vivia en una ermita, internada siete leguas en la mar sobre una peña alta y estrecha llamada la *Peña Po-*

bre: pidele Amadís que le mude el nombre para no ser conocido; y atendidas su belleza esterior y sus angustias interiores, le puso el de *Beltenebros*, ó el de *el Bello tenebroso*, esto es, hermoso en el cuerpo, y triste, melancolico y opaco en el animo; y por eso dixo Cervantes que era nombre *significativo y propio.* Los exercicios de su penitencia se reducian á asistir á visperas, á confesarse con el ermitaño, á oir su misa, y rezar otras devociones; pero sobretodo á gemir, suspirar, y anegarse en lagrimas vivas, que las derramaba tan gordas como nueces. Notese que esta penitencia no provenia de devocion verdadera, sino de desesperacion, y que en ella no se proponia Amadís otro fin, que el de volver á la gracia y amistad escandalosa de su señora Oriana. Porque los caballeros andantes componian con su moral poco rigida estas devotas apariencias con mil robos, con mil estrupos, con mil injusticias y con mil insolencias, juzgando que se compensaban estas fechorias con desafiar á jayanes ó paganos (que por traer los

libros de Caballerias origen de las cruzadas del Oriente, se suponian sarracenos ó turcos) pues ó los mataban en obsequio de la Religion, ó si se convertian y bautizaban, les conservaban la vida en obsequio de la misma. En medio de sus lagrimas componia tambien Amadís algunas canciones poeticas, que él mismo *entonaba y cantaba*; y por imitarle finge tambien Cervantes á Don Quixote musico y poeta, como se ve aqui y en la *P. II. cap. XLVI.* quando con *una voz ronquilla* cantó á la vihuela un romance, compuesto y entonado por él, paraque le oyese Altisidora, la doncella de la Duquesa. Mas el penitente y enamorado manchego no se muestra tan devoto, como su prototipo; porque ni oia misa, ni asistia á visperas, ni se confesaba, teniendo tan á mano al licenciado Pero Perez, su parroco, especialmente el tiempo que andubo en su compañia en Sierra Morena. Sin duda no quiso Cervantes mezclar las cosas sagradas con las profanas en esta ficcion caballeresca; y aun el tiempo que faltó el Cura al gobierno de sus feligreses,

parece se puede disculpar con el zelo que le llevó á buscar la oveja perdida de Don Quixote, y restituirla al aprisco de su aldea, como enefecto la restituyó: en cuya vuelta y reducion intervino la discreta Dorotea, como en la de Amadís la doncella de Dinamarca, que por medio de una carta que le entregó Oriana, le sacó de la ermita, y le llevó á Miraflores cerca de Londres. (*Amadís de Gaula*: lib. 2. cap. 44. y sig. lib. 3. cap. 65. lib. 4. cap. 128.)

86

Pag. 255. *Andantes.* Al modo que lo fue en aquellos tiempos caballerescos el arzobispo Turpin, segun Luis Pulci en su *Morgante Maggiore*; y en otros mas modernos se puede decir que lo fue tambien en cierto modo el arzobispo de Burdeos, que siendo almirante ó general de la armada de Luis XIII. dio una batalla naval el año de 1638. á Don Lope de Hozes, general de la nuestra. (*Real Biblioteca*: *est. H. cod.* 71.)

CATALOGO

DE LOS PASAGES QUE SE LEIAN VICIADOS EN LAS PRIMERAS EDICIONES DE LA HISTORIA DE DON QUIXOTE, Y SE HAN CORREGIDO EN ESTA.

Pag. 20. lin. 17. *En dos paletas.* Leiase: *en dos palabras.* Vease la nota 6. pagina 261.

Pag. 25. lin. 19. *Con su dueña Quintañona.* Leiase : *con su dama Quintañona.* V. la not. 9. p. 263.

Pag. 55. lin. 3. *El Caballero de la Ardiente Espada.* Lease: *El Caballero de la Verde Espada.* V. la not. 20. p. 269.

Pag. 165. lin. 11. *Los siete Mancebos.* Lease : *los siete Macabeos.* V. la not. 62. p. 292.

Pag. 178. lin. 5. *Ya que hemos caido en sospecha de quien es el dueño,* casi delante, *estamos*

obligados á buscarle. Lease: *Ya que hemos caido en sospecha de quien es el dueño*, de aqui adelante, ó á quien tubimos casi delante, *estamos obligados á buscarle.* V. la not. 71. p. 296.

Pag. 213. lin. 18. *Descubriendolos.* Lease: *describiendolos.* V. la not. 74. p. 297.

Pag. 239. lin. 11. *Del laberinto de Teseo.* Leiase: *del laberinto de Perseo.* V. la not. 79. p. 299.

Pag. 243. lin. 1. *Page de Agramante.* Lease: *page de Dardinel.* V. la not. 80. p. 300.




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 16 02 05 001 2